

amará menos si al mismo tiempo ama algo que no contribuya a dicho bien.

PETRARCA El punto me resulta conocido.

SAN AGUSTÍN ¿Cuántos hombres han extinguido todas sus pasiones –mas no hablemos de extinción–, o han supeditado su espíritu al control de la razón, y se han atrevido a decir: «Ya no tengo nada en común con mi cuerpo, todo aquello que parecía placentero se ha empobrecido a mi vista. Aspiro ahora a placeres de naturaleza más noble»?

PETRARCA Tales hombres son escasos. Ahora entiendo el significado de las dificultades con las que me habéis amenazado.

SAN AGUSTÍN Hasta que esas pasiones sean extinguidas, no estará el deseo entero y libre. Cuando por un lado el alma es elevada al cielo por su propia nobleza, y por otro lado es arrastrada hacia la tierra por el peso de la carne y las tentaciones mundanas, de tal suerte que desea elevarse y al mismo tiempo hundirse; entonces, atraída en direcciones contrarias, se da cuenta de que no llega a ningún sitio.

PETRARCA ¿Entonces, qué debe hacer uno para que el alma se desprenda de las ataduras de esta tierra y se eleve íntegra y perfecta a mayores alturas?

SAN AGUSTÍN Como recomendé en primera instancia, **meditar acerca de la muerte** conduce a esta meta, así como recordar permanentemente la propia mortalidad.

PETRARCA A menos de que también me engañe en este punto, nadie se entrega a estos pensamientos tanto como yo.

SAN AGUSTÍN Aquí hay otro engaño, obstáculo nuevo en vuestro camino.

PETRARCA ¡Qué! ¿Acaso decís que estoy mintiendo de nuevo?

SAN AGUSTÍN Preferiría oíros usar palabras más corteses.

PETRARCA Mas, ¿para decir lo mismo?

SAN AGUSTÍN Sí, para no decir otra cosa.

PETRARCA Entonces, ¿decís que no me importa la muerte para nada?

SAN AGUSTÍN Para deciros la verdad, muy rara vez y en forma tan deficiente que no os dais cuenta de cuál es la raíz de vuestra desgracia.

PETRARCA Creía justo lo contrario.

SAN AGUSTÍN No me interesa lo que suponéis, sino lo que deberíais suponer.

PETRARCA Tened la certeza de que a pesar de ello no volveré a suponerlo si me demostráis que mi suposición fue falsa.

SAN AGUSTÍN Es muy fácil demostrarlo, siempre y cuando estéis dispuesto a confesar la verdad de buena fe. Para ello, requeriré la presencia de un testigo que tenemos a la mano.

PETRARCA ¿Quién puede ser?

SAN AGUSTÍN Vuestra conciencia.

PETRARCA Ella sólo atestigua lo contrario.

SAN AGUSTÍN Cuando se realiza una demanda turbia y confusa, ningún testigo puede dar respuestas precisas o claras.

PETRARCA Me gustaría saber, ¿qué tiene que ver esto con lo que estamos hablando?

SAN AGUSTÍN Mucho y en todos sentidos. Prestad atención y veréis por qué. Ningún hombre es tan insensato, a menos que esté totalmente loco, que no haya pensado alguna vez en la **fragilidad de su condición**. Si se le preguntara, respondería que es mortal y habita un cuerpo frágil y vil. Los dolores y fiebres que lo atacan dan fe de este hecho. ¿Y quién por la gracia del cielo está exento? Asimismo, la constante procesión de los propios amigos a la tumba llena el alma de pavor. Cuando asistimos al entierro de un amigo de la misma edad, no podemos sino sentir temor ante la muerte y empezar a preocuparnos por nosotros mismos. Cuando vemos el techo de la casa del vecino

ardiendo, no podemos sentir que la propia está segura, pues como dijo Horacio:

Sobre vuestra propia cabeza veis caer el golpe.
[Epístolas, I, 18, 83.]

Además, un hombre se verá mucho más afectado cuando otro más joven, sano y gallardo, es sorprendido por la muerte de repente. Mirará a su alrededor y dirá: «Este hombre parecía tener la vida asegurada y, no obstante, yace en su tumba. Su juventud, belleza y fuerza no le sirvieron de nada. ¿Quién me puede prometer seguridad a mí? ¿Un dios? ¿Un mago? En realidad también soy mortal». Mas cuando la muerte sorprende a los emperadores y reyes de la tierra, hombres poderosos y reverenciados, la impresión que se produce en los presentes es mucho más honda. Se asombran de ver que algo terrible e inesperado –como son horas de intensa agonía– puede sucederle a alguien que solía inspirarles temor. ¿Qué otra razón explicaría la conmoción del pueblo ante la muerte de grandes hombres; las diversas situaciones que se suscitaron en el funeral de Julio César, como estoy cierto que recordáis y por usar un ejemplo de la historia? Es un espectáculo público que capta todas las miradas y conmueve todos los corazones; los hombres recuerdan su propio destino cuando ven que otro muere. Otros recordatorios de la muerte son la ferocidad de los animales salvajes y los hombres, y la locura de la guerra. ¿Acaso no se caen los grandes edificios que, como bien ha dicho alguien, alguna vez ofrecieron protección, mas ahora se convierten en los sepulcros de los hombres? ¿Qué no hay movimientos malignos de vientos debajo de alguna estrella malévola y un cielo pestilente? Y tantos peligros en mar y tierra que donde quiera que vayáis no podréis volver la

vista a ningún lugar sin advertir los recordatorios de vuestra propia mortalidad.

PETRARCA Os ruego me disculpéis, mas no puedo aguardar más.

Creo que nada sustenta mejor mis ideas que lo que acabáis de decir. Mientras os escuchaba me preguntaba a qué fin queríais llegar y dónde terminaríais.

SAN AGUSTÍN Por cierto, no había finalizado cuando me interrumpisteis. La conclusión es: aun cuando vuestra mente ha captado superficialmente, no os ha penetrado nada. El corazón miserable suele endurecerse por viejos hábitos y se convierte en una piedra dura, insensible a las advertencias. Aunque es saludable, encontraréis poca gente que considere seriamente el hecho de que va a morir.

PETRARCA Son tan pocos los que conocen la definición del hombre, a pesar de que se repite con suma frecuencia en las escuelas, que no sólo los oídos de los estudiantes deben estar cansados de escucharla, sino que hasta los pilares y paredes de las aulas deben estar grabados desde hace mucho tiempo. El parloteo de los dialécticos no tiene fin, arroja conclusiones y definiciones como burbujas, en verdad, materia para controversias interminables, pero generalmente no saben de qué están hablando. Por lo tanto, si pedís a uno de estos individuos que os brinde una definición del hombre, o de cualquier otra cosa, tendrá una respuesta ensayada, mas si lo presionáis, se quedará callado, o si su capacidad retórica le ha permitido hacer acopio de cierta osadía y elocuencia, su forma de hablar delatará que no conoce en realidad aquello que ha definido. La mejor forma de tratar a este tipo de personas con aires de estudiada despreocupación y vacía curiosidad, es lanzarles una ofensa como ésta: «¡Miserables! ¿Para qué este trabajo interminable e inútil, y este gasto de ingenio en nimiedades? ¿Por qué en total inconsciencia de lo fundamental envejecéis en un mundo de palabras y con

cabello cano y frente arrugada perdéis el tiempo en palabrerías infantiles? Quiera el cielo que vuestras tonterías no perjudiquen a nadie más que a vosotros mismos y que dañéis lo menos posible los excelentes talentos de los jóvenes».

SAN AGUSTÍN Estoy de acuerdo en que nada sería suficiente para criticar esta perversión monstruosa del aprendizaje. Mas permitidme recordaros que os dejasteis llevar tanto por vuestro entusiasmo al denunciar que habéis omitido terminar vuestra definición del hombre.

PETRARCA Supuse que ya había explicado lo suficiente, pero seré todavía más claro. El hombre es un animal, o más bien el rey de todos los animales. Hasta el más rústico lo sabe y cualquier escolar os podría decir también, si se le preguntara, que el hombre es además un animal racional y que es mortal. Colijo, pues, que todo el mundo conoce esta definición.

SAN AGUSTÍN Por el contrario, son muy pocos quienes la conocen.

PETRARCA ¿Qué queréis decir?

SAN AGUSTÍN Cuando encontréis a un hombre tan regido por la razón que toda su conducta y sus apetitos estén sometidos a ella; un hombre que haya dominado todos los impulsos de su mente con la rienda de la razón, y que reconozca que sólo gracias a ella se distingue de la bestialidad del animal y que sólo por la sumisión a su dirección merece el título de hombre; cuando encontréis a un hombre tan **consciente de su mortalidad** que siempre la tenga ante la vista y se rija por ella; un hombre que al despreciar todo lo perecedero no anhele regresar a ese tipo de vida, en que la mortalidad podrá ser deshechada; cuando encontréis a tal hombre, podréis decir que él tiene una idea útil y veraz acerca de la definición del hombre. Decía que a pocos hombres les fue dado conocer y meditar sobre dicha

definición tal y como la naturaleza de la verdad lo requiere.

PETRARCA Creí que yo era uno de los elegidos.

SAN AGUSTÍN No dudo que al meditar en las muchas cosas que has aprendido, ya sea en las experiencias de la vida, o en la lectura de vuestros libros, la idea de la muerte os haya asaltado con mucha frecuencia, mas el pensamiento no ha penetrado en vuestro corazón tan profundamente como debiera ni ha echado raíces firmes ahí.

PETRARCA ¿Qué queréis decir con «penetrar en mi corazón»?

Aunque creo entender, me gustaría que me explicaseis con más claridad.

SAN AGUSTÍN Esto es lo que quiero decir: todos saben y hasta los filósofos más grandes están de acuerdo, que la muerte ocupa el primer lugar entre los sucesos tremendos de esta vida. En verdad, desde siempre el solo nombre de la muerte es temido y espantoso de escuchar. Mas de nada sirve oír la palabra con ligereza ni permitir que huya veloz de la mente. Es preciso detenerse en el tema y meditar con atención de ahí en adelante. Debemos imaginarnos el efecto de la muerte en cada parte de nuestra estructura corporal: las extremidades frías, el torso ardiendo en fiebre y bañado en sudor, los espasmos dolorosos del costado, la falta de fuerza conforme se aproxima la muerte, los ojos hundidos y extraviados, las miradas lacrimosas, la frente pálida y contraída, las mejillas hundidas, la dentadura descolorida, la nariz estrecha y afilada, los labios espumando, la lengua sucia y rígida, el paladar reseco, la cabeza lánguida, la respiración difícil, el murmullo ronco, el triste suspiro, el olor ofensivo del cuerpo entero, el espanto de contemplar el rostro convertido en algo completamente ajeno. Todos estos detalles vendrán a la mente con más facilidad a quienes les haya tocado observar con deteni-

miento un lecho de muerte. Lo que vemos se nos graba mejor que lo que oímos. Esto explica por qué aun en nuestros tiempos prevalece la costumbre de que el instinto de sabiduría en ciertas órdenes religiosas muy estrictas obligue a sus miembros –aunque esto no fortalezca el carácter– a contemplar cómo se lavan y amortajan para su entierro los cuerpos de los muertos –mientras que los severos ejecutores de esta Ley esperan– de tal manera que el triste y lamentable espectáculo que tienen ante los ojos deje huella en su memoria y ahuyente de su mente toda esperanza relativa a este mundo transitorio. Esto es lo que quise decir con «penetrar profundamente en el corazón». Quizá no mencionaréis el nombre de la muerte para ir de acuerdo a la costumbre de los tiempos, aunque nada hay más seguro que la muerte y nada más inseguro que la hora de su llegada. Mas en la conversación diaria, habréis de hablar de cosas relacionadas con ella, que pronto huyen de la mente sin dejar huella.

PETRARCA Estoy dispuesto a aceptar vuestro consejo porque, mientras hablabais, escuché muchas de las cosas en las que suelo reflexionar. Mas os ruego, si a bien lo tenéis, me déis una señal que pueda recordar y que impida que me engañe a mí mismo y me aferre a mis propios errores. Ahora entiendo que esto es lo que aleja a los hombres de la senda de la virtud. Piensan que han alcanzado su meta y dejan de esforzarse.

SAN AGUSTÍN Me complace oíros decir eso. Son las palabras de un hombre alerta que no tolera la indolencia ni confía en el azar. Ésta es una prueba para saber que no os estáis engañando: Si cuando meditáis en la muerte vuestras emociones no sufren cambio alguno, estad cierto que vuestra meditación ha sido en vano; es como si hubiereis estado pensando en cualquier cosa. Mas si os petrificáis ante su sola idea, si tembláis y palidecéis, si sentís que

estáis sufriendo la agonía de la muerte y si, al mismo tiempo os parece que vuestra alma, tan pronto como abandone el cuerpo, deberá enfrentar el juicio eterno y rendir cuenta, sin omisión alguna, de todas las palabras y los actos de vuestra existencia pasada; si sentís que no podéis depositar esperanza alguna en vuestro talento o elocuencia, en la riqueza o el poder, ni en la belleza física o la fama mundana, que el juez no puede ser sobornado, y que todo está claro ante su vista, que la muerte misma no desaparecerá ante ningún ruego; si sentís también que no es el fin de las tribulaciones sino un tránsito, por mil formas de dolor y castigo: el plañidero ruido del Infierno, los torrentes de azufre, la espesa oscuridad, las Furias vengadoras, la abrumadora malignidad de esa morada oscura y, lo peor de todo ello, la desdicha interminable, la desesperante conciencia de que el sufrimiento no terminará jamás y de que la desesperación durará para siempre, pues el tiempo para la misericordia de Dios se ha vencido; y si todas estas imágenes se os presentan ante los ojos al mismo tiempo, no como una ficción sino como una verdad, no como una posibilidad sino como algo que ocurrirá inevitablemente y que está muy próximo a la realidad incluso ahora; y si en medio de estas angustias meditáis en estas cosas, no a la ligera ni con desesperación, sino pleno de esperanza en Dios, en que su poderosa diestra está dispuesta a salvaros de tan grandes calamidades, siempre y cuando os mostréis dispuesto a ser purificado y deseoso de ser elevado; entonces digo que si os aferráis a vuestro propósito y persistís en vuestro esfuerzo podéis estar seguro de que vuestra meditación no habrá sido en vano.

PETRARCA Confieso que en verdad me espanta el cúmulo de enorme sufrimiento que desplegáis ante mi vista. Ruego a Dios que se apiade de mí para que todos los días me

sumerja en estas meditaciones, no sólo de día sino sobre todo por la noche, cuando la mente se libra de las preocupaciones del día y se recoge en sí misma. Cuando coloco el cuerpo en la misma posición que los moribundos y mi mermada mente imagina que la hora de mi muerte y todos sus horrores se acercan, todo lo concibo tan intensamente como si en realidad estuviese agonizando y pareciera estar ya en el lugar de los tormentos, contemplando lo que habéis dicho y toda clase de angustias. Además, me estremecerá tanto esa visión y quedará tan aterrado que me voy a levantar ante los horrorizados miembros de mi casa, gritando:

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy sufriendo?
¿Para qué destrucción miserable,
me mantiene el destino vivo?
Jesús, por tu piedad,
vos a quien nadie ha conquistado todavía, socorredme,
dadme vuestra diestra en la miseria
de las oscuras olas, y llevadme con vos
que muriendo pueda descansar y estar en paz.
[Eneida, vi, 365-370.]

Me diré muchas otras cosas a mí mismo, como un delirante cuya mente divaga por doquier en su temor. Además, también les hablo a mis amigos en forma extraña sollozando y moviéndolos al llanto, aunque pronto nos sosegaremos. Si así son las cosas, ¿qué me detiene? ¿qué oculto obstáculo se interpone, ocasionando que estas meditaciones no sirvan sino para llenarme de sufrimiento y terror, y sin embargo, continúo siendo el mismo de siempre, en una posición parecida posiblemente a la de quienes no han tenido reflexiones como éstas jamás en su vida? Yo soy mucho más desdichado que ellos: cualquiera que sea su

finalidad, cuando menos disfrutan de los placeres del día, pero en lo que me concierne, no tengo idea de cómo iré a acabar, y no puedo gozar de ningún placer que no esté envenenado con estos pensamientos amargos.

SAN AGUSTÍN No os desesperéis, os ruego, cuando deberíais regocijaros. **Cuanto más sienta el pecador placer en su pecado, tanto más infeliz pensamos que es y más necesitado de lástima.**

PETRARCA Supongo que lo que queréis decir es que un hombre que nunca experimenta la intromisión de la tristeza en el transcurso de su placer, llega a insensibilizarse y jamás retomará la senda de la virtud. Mas el hombre que experimenta cierta adversidad en medio de sus placeres carnales recuerda su verdadera condición a medida que los placeres pasajeros e irreflexivos lo abandonan. Mas si ambos tipos de vida llegan al mismo fin, no entiendo por qué no es más feliz aquél que disfruta el presente y pospone la aflicción para otro día, que aquél que no disfruta de placer alguno en el presente, ni tampoco ansía ninguno otro a futuro. A no ser que os mueva la idea de que al final el deleite del primero será trocado por lágrimas amargas.

SAN AGUSTÍN Sí, mucho más amargas. Pues he observado con frecuencia que cuando se suelta la rienda de la razón totalmente, como ocurre en el caso del placer extremo, la caída es más peligrosa que la de otro hombre que cae de la misma altura, pero que conserva, aunque muy débil, cierto control de las riendas. Mas, sobre todo, concedo importancia a lo que dijisteis antes, que para éste existe la esperanza de su conversión, pero para aquél no existe esperanza alguna, sino desesperación.

PETRARCA Sí, así lo creo. Mientras tanto, ¿habéis olvidado mi primera pregunta?

SAN AGUSTÍN ¿Cuál?

PETRARCA Pregunté por qué yo soy el único a quien no le sirve meditar a fondo acerca de la muerte, y según afirmasteis el hacerlo derivaría grandes beneficios, pero a mí no me trae ningún bien en absoluto.

SAN AGUSTÍN En primer lugar, tal vez estéis pensando que la muerte aún está muy lejana, aunque en realidad no lo está, pues la vida es breve y al hombre le pueden acontecer todo tipo de fatalidades. Como dice Cicerón, «casi todos vivimos en el engaño, porque vemos lejana la muerte». Ciertos correctores, o debería decir corruptores del texto, han querido enmendarlo anteponiendo una negación al verbo y dicen que deberíamos leer «no vemos lejanamente a la muerte». Mas no hay nadie en su sano juicio que no vea la muerte de una forma u otra. De hecho la palabra «prospiciere» de Cicerón significa «ver a distancia». Lo que engaña a muchos en sus ideas de la muerte es que no quieren pronosticar el límite de su existencia, que aunque puede ser posible de acuerdo a la naturaleza, muy pocos lo hacen. De hecho, son pocos los que mueren sin que se les pueda aplicar el siguiente verso:

Se esperaban cabellos canos y una larga vida.
[**Eneida**, x, 549.]

Esto quizá sea lo que os ha desviado del camino. El concepto tal vez os haya perjudicado, pues es probable que vuestra edad, vuestra vigorosa constitución y vuestra templanza os hayan infundido tal esperanza.

PETRARCA Por merced, no sospechéis eso de mí. Dios me libre de esa locura:

¡Cómo depositar mi fe en tal monstruo falso!
[**Eneida**, v, 849.]

Como dice el famoso timonel Palinuro, de Virgilio. Yo también he sido lanzado a un mar inmenso, cruel y turbulento y navego a través de sus furiosas olas, luchando contra el batir de los vientos, y la trémula naveccilla que manejo hace agua por todas partes. Estoy cierto que no podrá resistir mucho más y no veo esperanza alguna de supervivencia, a no ser que el Todopoderoso se apiade de mí y, con su fuerte mano diestra, guíe mi nave convenientemente hacia la costa antes de que sea demasiado tarde, que yo que viví en el mar, pueda morir en un puerto seguro. [Séneca. *Cartas*, xix.]

Creo que debería tener esperanza, porque jamás he confiado en la riqueza y el poder en que veo que se apoyan mis contemporáneos y mayores. Es una locura vivir toda la existencia trabajando y pasando miserias, acumulando riquezas para al fin morir sin haberlas disfrutado. Por consiguiente, no pienso en la muerte como algo distante, sino como algo inminente, de hecho, muy cercana. Jamás he olvidado un verso entre otros que escribí, allá cuando era joven, al final de una carta dirigida a un amigo:

Incluso ahora mientras charlamos, por mil sendas diferentes la muerte se acerca a nuestra puerta sigilosamente.

Si pude haber dicho eso siendo joven, ¿qué diré ahora que soy mayor y tengo mucha más experiencia en la vida? Todo cuanto veo, escucho, siento y pienso parece, sólo que me engañe, estar ligado a la muerte. Sin embargo, la pregunta sobre qué me detiene sigue sin respuesta.

SAN AGUSTÍN Ofreced vuestras humildes gracias a Dios que tanto os aprecia y os guía con su rienda misericordiosa y os acicata con su espuela. Es prácticamente imposible que

el que piense en la muerte a diario sea destinado a la muerte eterna. Mas como sentís justificadamente que falta algo más, trataré de explicaros qué es y si a Dios le place, también eliminarlo, con la finalidad de que podáis surgir y con mente libre y elevada **deshaceros del viejo yugo de esclavitud que os tiene sometido desde hace tanto tiempo.**

PETRARCA Ojalá que me podáis ayudar, y de mi parte, sea receptivo de tan enorme gracia.

SAN AGUSTÍN Será vuestra si así lo deseáis, pues no es algo imposible. Mas para todo acto humano se requieren dos factores; faltando uno de ellos, el acto indudablemente se verá frustrado. Debe haber voluntad y que esa voluntad sea tan fuerte y sincera que merezca el nombre de propósito.

PETRARCA Así será.

SAN AGUSTÍN ¿Sabéis qué entorpece vuestra voluntad?

PETRARCA Tal es lo que quiero saber, tal lo que tanto tiempo he anhelado sinceramente entender.

SAN AGUSTÍN Oídme pues. Vuestra alma tiene origen divino, jamás afirmaré que tenga un origen menor, mas debido a su contacto con el cuerpo que la tiene presa, el alma ha perdido mucho de su esplendor original. No tengáis la menor duda, sino que con el transcurso del tiempo se ha adormilado y, por así expresarlo, ha olvidado su origen y a su divino creador. Y estas pasiones que son engendradas en el alma a través de su contacto con el cuerpo y el olvido de su naturaleza noble me parece que ha sido tratado por Virgilio con pluma casi inspirada cuando escribe:

Las almas humanas todavía brillan con fuego celestial que denuncia su origen divino, con excepción de la carne y los miembros terrenos que engendran torpeza.

De aquí nacen los temores, deseos, pesares y placeres del mundo. Encarcelados en la oscuridad, ya no levantan la mirada al cielo. [Eneida, vi, 730-34.]

¿Encontráis en las palabras del poeta ese monstruo de cuatro cabezas tan mortal para la naturaleza humana?

PETRARCA Distingo con bastante claridad las cuatro pasiones de nuestra naturaleza que, en primera instancia, dividimos en dos partes en tanto se refieren al pasado y al futuro, y después las volvemos a subdividir por cuanto al bien y el mal. Así, en razón de estos cuatro vientos quedamos tan agitados, que la tranquilidad del alma del hombre queda destruida.

SAN AGUSTÍN Lo habéis percibido bien, y las palabras del apóstol se cumplen:

El cuerpo corruptible oprime el alma, y el tabernáculo terrenal oprime la mente que reflexiona en varias cosas.
[Libro de la sabiduría, ix, 15.]

Innumerables imágenes y percepciones de cosas visibles, que han sido atraídas hacia el alma de una en una por los sentidos corporales y ahí en el centro, se acumulan en masa. El alma, no teniendo afinidad ni capacidad de comprenderlas, es agobiada y oprimida con tales contrariedades. Entonces, **la plaga del exceso de impresiones rasga y hiere la facultad de pensamiento del alma** y con fatal complejidad distractora impide el camino de la meditación clara, con la cual se elevaría el alma al objeto principal.

PETRARCA Habéis hablado con elocuencia de esta plaga en muchas partes, mas sobre todo en vuestro libro **Sobre la verdadera religión**, con el cual, sin duda, es incompatible. Apenas el otro día tropecé con el libro cuando divagaba en

mis estudios de filosofía y poesía, y lo leí con suma avidez, como el viajero que se dispone a ver el mundo y, al entrar por las puertas de una ciudad nueva y famosa, queda cautivado por la novedad del lugar y se detiene aquí y allá para contemplar atentamente todo lo que está ante su vista.

SAN AGUSTÍN Aun cuando en ese libro me permití otra terminología, como corresponde a un maestro de la verdad católica, encontraréis que una parte importante de la doctrina fue tomada de los filósofos, especialmente de los platónicos y los socráticos. Además, como no quiero ocultaros nada, he de deciros que lo que me motivó a emprender dicho trabajo fueron palabras de vuestro favorito Cicerón. Dios bendijo mi esfuerzo de tal manera que de un puñado de semillas brotó una buena cosecha. Mas volvamos al tema de nuestra conversación.

PETRARCA Como os plazca, mas, magnífico Padre, no me ocultéis esas palabras que os inspiraron a iniciar tan magnífica obra.

SAN AGUSTÍN Están en cierto pasaje de un libro donde Cicerón, disgustado ante los errores de su tiempo, dice:

No podían ver nada con la mente y juzgaban todo guiados tan sólo por lo que veían; sin embargo, una característica del hombre de gran entendimiento es que puede abstraer su pensamiento de los objetos de los sentidos y encauzar sus reflexiones por un camino que no es el recorrido por los hombres comunes. [i, 16.]

Tomé lo anterior y lo usé como una especie de fundamento para erigir la obra que afirmáis que os agradó tanto.

PETRARCA Recuerdo el pasaje, es de las **Oraciones Tusculanas**. Estoy muy complacido de observar vuestro hábito de citar esas palabras aquí y en otras partes de vuestras obras,

y lo merecen, pues son palabras que parecen fundir en una sola frase la verdad, la dignidad y la gracia. Puesto que os agrada os ruego que volváis al tema.

SAN AGUSTÍN Esta **plaga es la que os ha dañado y os llevará a la destrucción rápidamente**, a no ser que hagáis algo al respecto. Vuestro frágil espíritu apabullado, abrumado por el exceso de impresiones diversas grabadas en él y eternamente beligerante con sus propias preocupaciones, no tiene ya fuerzas para juzgar qué atacar primero, qué discernir, qué amar, qué destruir, qué rechazar. Toda su fuerza y el tiempo que el mísero destino lo permita no bastan para tantas exigencias. Le ha acaecido el mismo mal que le ocurre a los que siembran demasiadas semillas en un lugar excesivamente estrecho y que al crecer se destruyen unas con otras. **En vuestra mente atiborrada, lo que está sembrado no puede echar raíces y brindar frutos. Carecéis de un proyecto y, por lo tanto, sois llevado de aquí para allá en extrañas oscilaciones y nunca podéis aplicar vuestro pleno esfuerzo a ningún objetivo.** En consecuencia ocurre que cuando la generosa mente se acerca a la contemplación de la muerte, si le es permitido cualquier otra meditación que puede ayudarle en el sendero de la vida, y penetra por su propia perspicacia en las profundidades de su misma naturaleza, está imposibilitada de permanecer ahí, y conducida por una muchedumbre de quehaceres, se regresa a atenderlos. Entonces, el acto que parecía tan bueno y prometía tanto se debilita y empieza a tambalearse. Después se presenta ese conflicto interno, del que tanto hemos hablado, y esa mente atormentada y preocupada que está furiosa consigo misma, cuando odia sus propias profanaciones, mas no las limpia, ve las retorcidas veredas, mas no las abandona, **teme el peligro inminente, mas no se aparta un paso de él.**

PETRARCA ¡Oh desdichado de mí!, pues habéis removido profundamente mi herida. Ahí es donde se ubica mi verdadero dolor. De ahí, temo que vendrá mi muerte.

SAN AGUSTÍN Qué bueno. Estáis despertando a la vida. Mas como hemos prolongado nuestra conversación lo suficiente el día de hoy, dejemos el resto para mañana y tomemos una pausa de silencio.

PETRARCA Sí, estoy algo cansado y gustosamente agradecería un poco de tranquilidad y descanso.

SEGUNDO DIÁLOGO

SAN AGUSTÍN Bien, ¿hemos descansado lo suficiente?

PETRARCA Por supuesto, si así os place.

SAN AGUSTÍN Permitidme saber si os sentís ya de buen corazón y confiado. Pues cuando un hombre ha enfermado, un espíritu de esperanza en él no es poca señal de que la salud se recupera.

PETRARCA La esperanza que tengo no es en realidad mía: Dios es mi esperanza.

SAN AGUSTÍN Habéis hablado con sabiduría. Y ahora vuelvo a nuestro tema. Muchas cosas tenéis en contra, embisten muchas tentaciones, mas parece que ignoráis aún sus números y sus fuerzas. Y lo que generalmente le sucede al que en la guerra ve a distancia algún batallón de orden cerrada, a vos os ha sucedido. Tal hombre con frecuencia se engaña pensando que sus contrarios son menos de lo que realmente son. Mas al acercarse, cuando tiene ya formadas ante sus ojos sus compactas hileras en todo su esplendor marcial, pronto crecen sus temores, y se arrepiente de su osadía. Así también será con vos cuando exhiba yo ante vuestros ojos, por un lado y por otro, todos los males que os oprimen y os cercan por todos los ángulos. Os avergonzaréis de vuestra propia osadía, lamentaréis vuestra liviandad, y empezaréis a deplorar que en su aprieto tan grande, vuestra alma haya sido incapaz de penetrar la compacta acometida de vuestros enemigos. Pronto descubriréis cuántas ideas tontas de victoria fácil habéis permitido invadir vuestra mente, excluyendo el temor sano que pretendo infundir en vos.

PETRARCA De veras que me infundís harto miedo. Que era mucho mi peligro, siempre lo he sabido; y ahora, a pesar

de ello, me decís que en mucho lo he subestimado, y por supuesto, comparados así mis temores con lo que deben ser, no han sido nada. Pues, ¿qué esperanzas me quedan entonces?

SAN AGUSTÍN Nunca es momento de perder la esperanza. Tenedlo por seguro. Perder la esperanza es el último y el peor de los males, y por lo tanto que sea vuestro primer principio olvidaros totalmente de eso.

PETRARCA Conocía yo la verdad del axioma, mas —en mi temor momentáneo— lo olvidé.

SAN AGUSTÍN Ahora prestadme toda vuestra atención, mirando y escuchando mientras recuerde yo las palabras de vuestro bardo predilecto:

Observad que enemigos circundan vuestros muros y que a vuestras puertas afilan sus brillantes espadas para asesinaros a vos y a los vuestros. [**Eneida**, viii, 385-6.]

Mirad las trampas que el mundo os tiende; las vanidades que exhibe ante vuestros ojos; las preocupaciones vanas que usa para agobiaros. Para empezar por lo primero, considerad lo que hizo que los espíritus más nobles entre todos los seres cayeran al abismo de la ruina y haced caso para que vos no caigáis por igual tras ellos. Habrá necesidad de usar todas vuestras prevenciones y precauciones para evadir dicho peligro. Pensad cuántas tentaciones impulsan a vuestra mente a vuelos altos y peligrosos. Os hacen soñar con la nobleza y olvidar vuestra flaqueza; ahogan vuestras facultades con los humos de la autoestima hasta no pensar en nada más; os conducen a tal orgullo y confianza en vuestras propias fuerzas, que a la postre odiáis a vuestro Creador. De modo que vivís en la autocmplacencia, creyendo que merecéis grandes cosas. Por otra parte, si tuvierais un recuerdo más preciso, las grandes

bendiciones deberían haceros no orgulloso sino humilde, sabiendo que os son conferidas sin mérito alguno de vuestra parte. ¿Qué necesidad tengo de hablar yo del Eterno Señor Dios si aun ante los señores de la tierra, los hombres sienten su mente más obligada con la humildad al recibir alguna merced que están conscientes de no merecer? ¿No los vemos empeñados en conseguir después lo que creen que debieron haber ganado ya con anterioridad?

Ahora permitid que vuestra mente acepte –con la mayor facilidad que pueda– en qué terreno tan pobre se finca vuestro orgullo. Confiais en vuestro intelecto; os jactáis de la elocuencia que os ha brindado la lectura; os recreáis con la belleza de vuestro cuerpo mortal. ¿Y aún no creéis que en mucho os falla el intelecto? ¿No habrá muchas cosas en que no igualéis la pericia de los hombres más humildes? Sí, ¿acaso no podré proseguir?, y sin mencionar al hombre, permitidme afirmar que con todos vuestros estudios y esfuerzos, veréis que no os equiparéis en pericia a algunos de los seres más pequeños y despreciables de Dios. ¿Ante esto os jactaréis del intelecto? Y la lectura, ¿en qué os ha dado provecho? De la multitud de cosas que habéis examinado, ¿cuántas os han permanecido en la mente? ¿Cuántas han echado raíces, dando frutos en temporada? Revisad bien el corazón, y encontraréis que la totalidad de lo que sabéis no es más que un pequeño arroyo menguado por el calor del verano comparado al poderoso océano.

¿Y de qué relevancia será saber una multitud de cosas? Suponiendo que habéis conocido todos los circuitos del cielo y la tierra, los espacios del mar, el trayecto de las estrellas, las virtudes de hierbas y piedras y los secretos de la naturaleza, ¿qué provecho os tendrán siendo ignorante de vos mismo? Si con el auxilio de las Escrituras habéis descubierto el camino recto y ascendente, ¿de qué os sirve si la ira y la pasión os obligan a desviáros hacia el camino

tortuoso y descendente? Conjeturando que habéis conocido de memoria las hazañas de hombres ilustres de todas las épocas, ¿qué provecho tendrán si a vos mismo día a día no os importa lo que hacéis?

¿Qué necesidad hay de que hable yo de la elocuencia? ¿No confesaréis llanamente las muchas veces que os ha resultado inútil confiar en ella? Y además, ¿qué hay de provecho en que aclamen otros vuestros dichos si en el tribunal de vuestra propia conciencia quedan éstos condenados? Pues aun cuando pareciera que los aplausos de vuestros oyentes brindan cierto fruto —que no debe ser despreciado al cabo de todo— ¿qué valor tendrán si en su corazón el mismo que habla no puede aplaudir? ¡Tan mezquino es el placer que se deriva de las aclamaciones de la multitud! ¿Y cómo podrá un hombre consolar y lisonjear a los demás si no se consolara y lisonjeara primero a sí mismo? Por eso entenderéis fácilmente con qué frecuencia quedáis engañado por aquella gloria que de vuestra elocuencia ansiáis, y cómo vuestro orgullo por ella no se finca sino en cimientos de viento. Pues, ¿qué podría ser más infantil, aún diría yo más locuaz, que perder el tiempo y afligirse por asuntos en que todas las cosas carecen de valor y las palabras que las tratan sean inútiles? ¿Qué mayor tontería que la de cegarse ante los verdaderos defectos de uno, quedando preso de las palabras y del placer de escuchar la propia voz, como aquellas avecitas —que dicen— que quedando tan cautivadas por la dulzura de su propio canto, cantan hasta morir? Y además, en los asuntos comunes de la vida cotidiana, ¿no os sucede con frecuencia que os encontráis mortificado al descubrir que en el uso de la palabra no igualáis ni siquiera a algunos que juzgáis hombres muy inferiores? Considerad también que en la Naturaleza existen muchas cosas a las que les faltan nombres en lo absoluto, así como muchas más a las que se

les ha dotado de nombre, mas para expresar su belleza –como lo sabéis por experiencia– son totalmente insuficientes las palabras. ¿Con cuánta frecuencia os he oído lamentar, con cuánta frecuencia os he visto mudo e insatisfecho, porque ni vuestra lengua ni vuestra pluma eran capaces de expresar con suficiencia las ideas que, sin embargo, ante vuestra mente reflexiva, estaban bien claras e inteligibles?

¿Qué será entonces esta Elocuencia, tan limitada y tan pobre, que ni siquiera es capaz de cercar y traer a su alcance todas las cosas que pudiera, ni tampoco de retener con firmeza todas aquellas cosas que ya tiene circunscritas?

Os reprochan los griegos, y vos a la vez a los griegos, la pobreza en la palabra. Ciento es que Séneca califica su vocabulario de más rico, pero Cicerón, al inicio de su tratado **De las distinciones del bien y del mal**, declara lo siguiente:

Ni puedo sondear de dónde proviene aquel desdén insolente de nuestra literatura nacional. Aunque aquí no es el lugar para ventilarlo, mas sin embargo he de expresar mi convencimiento –que con frecuencia he sustentado– de que no sólo no es pobre la lengua latina, como está de moda afirmar, sino que de hecho es más rica que la griega. [i, 3.]

Pues ya que con frecuencia en otras partes repite la misma opinión, y sobre todo en las **Oraciones tusculanas** exclama:

Vos, griego que os creéis rico en palabras, cuán pobre sois en frases. [ii, 15.]

Fíjaro bien que éste es el dicho de quien muy bien sabía que era el príncipe de la oratoria latina, y que había demostrado ya, que no le daba miedo enfrentarse a Grecia por la palma de la gloria literaria. Permitidme agregar que Séneca, admirador tan notable de la lengua griega, dice en sus **Declamaciones** que:

Todo aquello que puede ofrecer la elocuencia romana a fin de rivalizar o exceder el orgullo de Grecia está vinculado al nombre de Cicerón. [i.]

¡Un tributo magnífico, mas una verdad indiscutible! Pues existe, como podéis ver, una gran controversia en torno a la primacía en la Elocuencia, no únicamente entre vos y los griegos, sino entre nuestros mismos escritores más sabios. Entre los nuestros los hay que apoyan a los griegos y entre éstos puede haber algunos que nos apoyen, cuando menos si se nos permite juzgar por lo que se informa del ilustre filósofo Plutarco. En una palabra, Séneca, uno de los nuestros, al hacerle toda justicia a Cicerón, rinde su veredicto final a favor de los griegos, no obstante que Cicerón era de la opinión contraria.

En cuanto a mi propia opinión del asunto que se debate, considero que las dos partes de la controversia tienen algo de verdad a su favor cuando acusan, tanto al latino como al griego, de pobreza en las palabras: y si fuera correcto el juicio en cuanto a dos lenguas de tanta fama, ¿qué esperanza podría tener alguna otra?

Pensad, entonces, a qué llega la confianza que pudieseis tener en vuestras facultades propias y tan sencillas, en

circunstancias en que se estiman pobres en su totalidad los recursos del pueblo del que no sois más que una pequeña parte, y cuánto debéis avergonzaros de haber dedicado tanto tiempo persiguiendo algo imposible de lograr y, que aun en el caso en que fuera posible, a final de cuentas resultaría ser la misma vanidad.

Pasaré a tratar otros asuntos. ¿Tendréis tal vez la tendencia a jactaros de vuestras ventajas físicas? ¡Mas pensad de qué hilo penden! ¿Qué es lo que más os satisface en ese sentido? ¿Será vuestra buena salud y fuerza? Aunque en verdad, no hay nada más endebil. La prueba está en la fatiga que sufrís aun por pequeñeces. Los distintos males a que queda sujeto el organismo; las picaduras de los insectos; una leve corriente de aire, así como miles de pequeñas desazones cuentan todas la misma historia. ¿Estáis tal vez cautivado por vuestro propio rostro de buenmozo, y al ver en el espejo vuestro cutis lozano y hermosas facciones, estaréis dispuesto a quedar enamorado, extasiado, encantado? La historia de Narciso para vos no tiene advertencia y, contento al contemplar únicamente la envoltura exterior del cuerpo, no considerais que los ojos de la mente os dicen cuán vil y ordinario es en su interior. Además, y aunque no tuvierais otro escarmiento, debe demostraros el trayecto tormentoso de la misma vida lo transitorio y perecedero que es dicha flor de belleza. Y tal vez, aunque difícilmente os atreveréis a afirmarlo, os creéis que la edad, la enfermedad, y todo lo demás que pudiese alterar la gracia de la conformación del cuerpo no os puede vencer; cuando menos no se os habrá olvidado aquel Último Enemigo que lo destruye todo, y haréis bien en grabar en lo más recóndito de vuestro corazón y mente, esta palabra del satírico:

Tan sólo la muerte a todos nos obliga a contemplar lo pequeños que somos. [Juvenal. **Sátiras**, x. 172-3.]

Si no me equivoco, he aquí las causas que inflan de orgullo vuestra mente, que no os permiten reconocer vuestra baja condición, y que os evitan el recuerdo de la muerte. Mas aún existen otras que propongo pasar a analizar ahora.

PETRARCA Deteneos un poco, os lo ruego, porque agobiado por el peso de tantos reproches, no tengo fuerzas o espíritu para responder.

SAN AGUSTÍN Por supuesto, seguid hablando. Con gusto guardaré silencio.

PETRARCA No poco me habéis asombrado echándome a la cara una multitud de cosas que estoy perfectamente seguro de que nunca me habían entrado para nada en la cabeza. Aseveráis que confié en mi propia inteligencia. Mas, seguramente la sola señal que he brindado de poseer un poco de inteligencia, es que nunca he contado para nada con dicha facultad. ¿Deberé enorgullecerme de la mucha lectura de libros, que con un poco de sabiduría me ha brindado mil preocupaciones? ¿Cómo podéis decir que he buscado la gloria de la elocuencia, yo —como lo acabáis de reconocer hace un momento— que ante todo, tengo la costumbre de deplourar la insuficiencia del lenguaje ante mis pensamientos? Salvo que deseéis intentar comprobar lo contrario, me permito decir que vos sabéis que siempre estoy consciente de mi propia pequeñez, pues si acaso he pensado alguna vez que algo soy, dicho pensamiento rara vez ha acudido, y sólo por ver la ignorancia de otros hombres; pues, como comento con frecuencia, quedamos limitados a reconocer —según la frase célebre de Cicerón— que:

Las facultades que poseemos más se derivan de las debilidades ajenas que de algún mérito propio.

Mas aunque me encontrara tan ricamente dotado como os imagináis de las ventajas que habéis mencionado, ¿qué tanto tienen de magníficas que pudiese yo incurrir en vanidad? Por supuesto que no me descuido tanto ni tampoco soy de mente tan vacía como para dejarme preocupar por consideraciones de ese tipo. Pues, ¿qué utilidad tendrán en el mundo el intelecto, el saber, la elocuencia si no pueden brindar curación al alma afigida? Recuerdo haber dado expresión ya, en una de mis cartas, de mi triste comprensión de dicha verdad.

En cuanto a lo que comentáis con actitud de seriedad fingida respecto a mis ventajas físicas, confieso que me hacéis sonreír. ¡Que yo de todos los hombres piense que me he jactado de mi cuerpo mortal y perecedero, cuando que todos los días de mi vida siento en él la obra de los estragos del tiempo! ¡El Cielo me libre de tal tontería!

No niego que en los días de mi juventud me preocupé algo por recortarme el cabello y adornarme la cara; mas desapareció la inclinación hacia tales cosas con mis primeros años, pues ya reconozco la verdad de lo dicho por el Emperador Domiciano quien, al autobiografiarse en una carta dirigida a una amiga, quejándose del decaimiento tan veloz de la salud del hombre, comentó:

Has de saber que no hay nada tan dulce, ni tampoco tan fugaz, como la belleza del cuerpo.

[**Suetonio domiciano, xviii.**]

SAN AGUSTÍN Sería tarea fácil refutar todo lo que habéis avanzado, mas prefiero que sea vuestra propia conciencia la que lance la flecha de la vergüenza a vuestro corazón y

no mis palabras. No he de debatir el asunto ni extraeros la verdad con tormento; mas como los que se vengan con magnanimitad, preferiré la sencilla solicitud de que sigáis evitando lo que vos aseveráis haber evitado hasta el momento.

Por si acaso el aspecto de vuestro rostro pudiese en algún momento haber provocado el menor indicio de arrogancia, entonces os ruego que reflexionéis sobre lo que pronto han de ser dichos miembros corporales. Aunque por el momento os complacen la vista, pensad que es su destino ser feos y repugnantes, y en la repugnancia que provocarían aun en vos mismo si os fuese posible verlos. Luego, recordad con frecuencia el axioma del Filósofo:

Nací para algún destino más elevado que ser esclavo de mi cuerpo. [Séneca. **Epístolas**, 65.]

Seguramente es la máxima tontería ver a los hombres descuidar su verdadero ser con el fin de mimar el cuerpo y los miembros en que moran. Si un hombre es encarcelado durante un tiempo en algún calabozo oscuro, húmedo y sucio, ¿no parecería haber perdido sus facultades si no se resguardara –en la medida de lo posible– de todo contacto con los muros o el suelo? Y con la esperanza de la libertad, ¿no escucharía con gozo los pasos de su libertador? Mas, si olvida dicha esperanza, cubierto de inmundicia y sumido en la oscuridad, le horroriza abandonar su prisión, si dedica toda su atención a pintar y adornar los muros que lo encierran, en el esfuerzo inútil de contrarrestar la naturaleza de su húmeda prisión, ¿no lo tacharían de ser un infeliz miserable?

Bien, ¡vos mismo conocéis y amáis vuestra prisión, miserable que sois! Y en la misma víspera de ser liberado o de salir arrastrado de ella, ahí os encadenáis con mayor firmeza, procurando adornar lo que debieraís aborrecer. Ojalá que siguierais los consejos que vos mismo le ofrecisteis al padre del gran Escipión en vuestro poema intitulado **África**:

Las ataduras y grilletes largamente conocidos y sufridos, odiamos los hierros impuestos a la libertad y amamos la nueva libertad alcanzada. [i, 329.]

¡Qué gran cosa es que recomendéis a otros brindar consejos que vos mismo rechazáis! Mas no puedo ocultaros ni una palabra de vuestra expresión, que a vos os parecerá muy humilde, aunque a mí me parece llena de orgullo y arrogancia.

PETRARCA Pido disculpas si en alguna forma me expresé con arrogancia, mas si el espíritu es el verdadero rector de los hechos y palabras de uno, entonces el mío es testigo de que no pretendía nada parecido.

SAN AGUSTÍN Menospreciar a los demás es una especie de orgullo más intolerable que enaltecerse uno más allá de su debido valor. Preferiría veros enaltecer a los demás y luego colocaros encima de ellos que degradar a todo el mundo bajo vuestros pies, y con refinado orgullo construir un escudo de humanidad derivado del desprecio por vuestro vecino.

PETRARCA Entendedlo como queráis. Manifiesto poca estima-ción tanto hacia los demás como hacia mi persona. Me avergüenzo de deciros lo que la experiencia me ha hecho pensar de la mayoría de la humanidad.

SAN AGUSTÍN Despreciarse uno mismo es muy prudente; mas es muy peligroso e inútil despreciar a los demás. No obstan-

te, sigamos. ¿Estáis consciente de qué es lo que aún os hace desviarios del buen camino?

PETRARCA Os ruego que digáis lo que queráis, mas no me acuséis de envidia.

SAN AGUSTÍN ¡Dios quiera que el orgullo os haya dañado tan poco como la envidia! Por lo que juzgo, de ese pecado os habéis escapado, mas tengo otros de los que puedo acusaros.

PETRARCA Aún no me habéis irritado a pesar de los reproches que mencionáis. Decidme sinceramente todo lo que me hace equivocar.

SAN AGUSTÍN El deseo de cosas temporales.

PETRARCA ¡De verdad, que jamás he oído nada tan absurdo!

SAN AGUSTÍN ¡Ya veis que todo os irrita! Habéis olvidado vuestra promesa. No obstante, no se trata de ningún asunto de envidia.

PETRARCA No, sino de avaricia, y no creo que en el mundo haya un hombre más libre de dicho defecto que yo.

SAN AGUSTÍN Sois hábil en la autojustificación, mas creédmelo, no estáis tan libre de esta falla como creéis.

PETRARCA ¿Cómo? ¿Queréis decir que yo no estoy libre del reproche de la avaricia?

SAN AGUSTÍN Lo digo, y además, que sois culpable de la ambición.

PETRARCA Adelante, seguidme maltratando aún más, duplicad vuestros reproches, haced plenamente vuestra labor de acusador. ¡Quién sabe qué otro golpe me reserváis!

SAN AGUSTÍN Lo que no es más que la verdad y testimonio verídico lo llamáis acusación y maltrato. Razón tenía el satírico que escribió:

Decir la verdad a los hombres es acusar.

Y lo dicho por el poeta comediante encierra la misma verdad:

Es la lisonja la que hace amigos y el candor enemigos.
[Terencio]

Mas decidme, os ruego, ¿de qué sirven esta irritación y cólera que os ponen tan malhumorado? ¿Hubo necesidad en una vida tan breve, de tramar esperanzas tan largas?

¡No tengáis esperanzas largas! Grita al hombre la brevedad de la vida. [Horacio. **Odas**, i, 4, 15.]

Tantas veces lo habéis leído mas no lo aceptáis. Supongo que responderéis que lo hacéis por una tierna consideración a vuestros amigos, encontrando así una buena disculpa para vuestro error; **vaya que sí es locura que bajo el pretexto de la amistad por otros, declaréis la guerra y os tratéis a vos mismo como enemigo.**

PETRARCA No soy tan codicioso ni tan inhumano como para carecer de consideración por mis amigos, más aun por los que me atraen por sus virtudes o méritos, ya que es a ellos a quienes admiro, estimo, amo y compadezco; mas por otra parte, no pretendo ser tan generoso como para arriesgarme a mi propia ruina a causa de mis amigos. Lo que deseo es disponer mis asuntos a fin de contar con una subsistencia decorosa mientras viva; y puesto que me habéis disparado con un tiro de Horacio, permitidme asimismo blandir un escudo de autodefensa, alegando que mi deseo es igual al suyo:

¡Que tenga yo libros y vituallas para de aquí a un año, y que mi vida no tenga ni un instante de suspenso!
[Horacio. **Epístolas**, i, 18.]

Y además, la forma en que determine mi derrotero, para que en las palabras del mismo poeta:

Pase mi vejez sin que el honor se pierda,
y si se me permite, aún a la musa lírica servir.
[Horacio. **Odas**, xxxi, 19, 20.]

Permitidme confesar asimismo que temo mucho el camino pedregoso que aguarda en el caso de prolongarse la vida, de modo que prevendría de antemano dicho doble deseo mío, aunando a mi labor para las musas, algún quehacer más sencillo de orden doméstico. Mas es algo que hago con tal indiferencia, que queda patente que únicamente me rebajo a tales necesidades por verme así obligado.

SAN AGUSTÍN Veo claramente que dichos pretextos que sirven como disculpa a vuestras tonterías han penetrado profundamente vuestro mismo espíritu. ¿Cómo será, entonces, que no lleváis grabadas con igual profundidad en vuestro corazón las palabras del satírico?:

¿Por qué guardar tanto oro acumulado y aturdir la mente?
¿Por qué debe tal locura confundir aún a la humanidad?
¿Pasar la vida apenas con agua y seco pan
para que tengáis fortuna ya difunto?
[Juvenal. **Sátiras**, xiv, 135.]

Sin duda creéis más bien que lo mejor es morir en mortaja púrpura y descansar en tumba de mármol, dejando a vuestros herederos la tarea de disputar una gran herencia, que ocuparos vos mismo del dinero que granjea tantas ventajas. Creedme que es una preocupación fútil totalmente carente de buen sentido. Si observáis con constancia la naturaleza humana, descubriréis en general que se contenta con muy poco. Y en el caso vuestro sobre todo, casi no

hay hombre que necesite menos para poder satisfacerse, a no ser que hubierais quedado cegado por los prejuicios. Sin duda pensaba el poeta en el hombre común y corriente, o tal vez aun en su propia persona, cuando dijo:

Mi pobre alimento es la fruta del cornejo; recojo hierbas silvestres y raíces que en los campos crecen, más unas cuantas moras. [Eneida, iii. 629.]

Mas a diferencia de él, reconoceréis vos mismo que dicha vida está lejos de ser pobre, y que en realidad no habría nada más agradable que acatar vuestros propios gustos únicamente y no las costumbres de un mundo confuso. ¿Por qué, entonces, os seguís atormentando? Si ordenáis vuestra vida conforme dicta la naturaleza ya sois rico desde hace mucho, mas a rico nunca llegaréis si observáis la norma del mundo; siempre creeréis que algo falta y al perseguirlo con prisa os veréis llevado por vuestra pasión. ¿Recordáis con qué deleite os adentrabais por los parajes campestres? A veces, descansando en un lecho de hierba, escuchabais el agua de un arroyuelo que se deslizaba por las piedras; otras veces, sentado en lo alto de un cerro, dejabais que la vista recorriera libremente el llano extendido a vuestros pies; en otras más, disfrutabais de un dulce sueño debajo de la sombra de los árboles de algún valle, al calor del mediodía, gozando del delicioso silencio. Jamás ocioso, considerabais en el alma alguna elevada meditación sin más amigos que las musas –jamás estuvisteis menos solo que en su compañía– y luego, como el viejo en Virgilio que se estimaba:

Rico como los reyes cuando al cerrar el día,
a casa a su catre feliz se dirigía,
y en su mesa el sencillo alimento colocaba,

directo de la pradera, de costo y cuidado exento. [Geórgicas, iv, 132.]

volváis al anochecer a vuestro humilde tejado; y contento con vuestras cosas buenas, ¿acaso no os considerabais el más rico y más feliz de los hombres mortales?

PETRARCA ¡Ah, por supuesto! Todo lo recuerdo ya, y la memoria de aquel tiempo me hace suspirar de pena.

SAN AGUSTÍN ¿Por qué habláis de suspirar? ¿Y quién, dime, quién es el autor de vuestras desventuras? Es, en efecto, vuestro propio espíritu y ningún otro el que hace mucho que no se atreve a observar la verdadera ley de su naturaleza, **considerándose prisionero únicamente por no querer romper su cadena**. Aún ahora os va arrastrando como un caballo desbocado, y a no ser que le apretéis las riendas, os llevará pronto a la destrucción. Desde el momento en que os habéis cansado de vuestros árboles frondosos, vuestro estilo de vivir sencillo y la sociedad de la gente campesina –aguijado por la avaricia – os habéis metido una vez más a la vida tumultuosa de las urbes. En vuestro rostro y verbo observé la vida feliz y pacífica que habéis vivido; pues, ¿cuántas miserias no habréis sufrido desde entonces? Muy rebelde contra las enseñanzas de la experiencia, ¡aún titubeáis!

Sin duda son las ataduras de vuestros propios pecados las que os retienen, lo que permite Dios puesto que vivisteis la niñez bajo la tutela de un amo estricto, así que aunque alguna vez lograsteis la libertad, habéis caído nuevamente preso, y ahí terminará vuestra vejez miserable. En verdad estuve una vez a vuestro lado cuando muy joven, sin mancha de avaricia ni ambición, prometíais llegar a ser gran hombre; y ahora, desgraciadamente habiendo cambiado bastante vuestro carácter, entre más os acercáis al final de vuestro viaje, más os preocupáis por las

provisiones del mismo. ¿Qué es lo que queda entonces, sino lo que se encontrará cuando llegue el momento de vuestra muerte —que puede estar ya presente desde luego y no muy lejos— digo, aún os encontraréis ansiendo el oro, ya medio muerto y atento al calendario.

Pues, dichas preocupaciones ansiosas, que aumentan día tras día, al final por necesidad tienen que haber alcanzado una enorme suma y un monto extraordinario.

PETRARCA Pues, desde luego, si prevengo la pobreza de la vejez, acumulando algunas provisiones para esa época de cansancio, ¿qué tanto habrá de tacha en ello?

SAN AGUSTÍN ¡Ah! Ansiedad ridícula y descuido trágico, preocuparos y molestaros por una época a la que tal vez nunca lleguéis y en la que por cierto no permaneceréis por mucho tiempo, y aún así estar totalmente inconsciente del final al que no os queda más camino que llegar, contra el cual no existe remedio una vez que hayáis llegado. Mas así es vuestro hábito detestable —preocuparos por lo temporal, descuidando todo lo eterno—. En cuanto a la ilusión de buscar un resguardo contra la vejez, sin duda lo que os la puso en la cabeza fue el verso de Virgilio que habla de:

La hormiga que teme la vejez indigente.

[*Geórgicas*, i, 106.]

De modo que habéis hecho de una hormiga vuestra maestra, siendo tan disculpable como el poeta satírico que escribió:

Algunas personas, como la hormiga, temen el hambre y el frío. [Juvenal, vi, 361.]

Mas si no vais a poner límite al ejemplo de las hormigas, descubriréis que no hay nada más triste ni nada más absurdo que defenderse de la pobreza un día cuando la soportáis todos los días.

PETRARCA ¡Qué más habéis de decir! ¿Me aconsejáis que busque la pobreza? No la ansío, mas con valor la he de sufrir, si la Fortuna –que se deleita frustrando los asuntos de la humanidad– a ella me reduce.

SAN AGUSTÍN Es mi opinión que, en toda condición, el hombre debe buscar la templanza. No os limito a las reglas de los que dirían:

Todo lo que necesita la vida del hombre es pan y agua; con éstos nadie es pobre; quien no desee más que éstos se acercará en su felicidad al Padre de los Dioses.
[Séneca. *Epístolas*, xxv.]

No, no limito la vida del hombre a pan seco y agua; son tan extremos dichos axiomas como molesto y odioso escucharlos. Asimismo, en cuanto a vuestra enfermedad, lo que advierto es el no entregaros al apetito natural, sino controlarlo. Lo que ya tenéis sería suficiente para vuestras necesidades si supierais ser autosuficiente. Mas como están las cosas, **vos mismo sois la causa de vuestra pobreza**. Acumular caudales es acumular pesares y ansiedades. Dicha verdad se ha comprobado con tal constancia que no existe la necesidad de ofrecer mayores alegatos. Qué ilusión tan extraña, qué triste ceguera del alma del hombre, cuya naturaleza es tan noble, cuyo nacimiento proviene de lo alto, que descuida todo lo elevado, rebajándose con su preocupación por los metales de la tierra. Cada vez que os encontráis preso por los garfios de la avaricia, bajáis de vuestras elevadas meditaciones a dichos pensamientos viles y, ¿no os sentís como

expulsado del cielo a la tierra, del seno de las estrellas a una fosa negra sin fondo?

PETRARCA Sí; de verdad así me siento, mas no sé cómo expresar lo que he sufrido en mi caída.

SAN AGUSTÍN ¿Por qué entonces no teméis un peligro que tantas veces habéis experimentado? Y cuando fuisteis elevado a la vida más alta ¿por qué no os aferrasteis a ella con mayor firmeza?

PETRARCA Hago todos los esfuerzos, dentro de mis posibilidades, a fin de lograrlo; mas como las distintas exigencias de nuestra condición humana me alteran y me inquietan, para mi desgracia me encuentro desvinculado. No será sin razón, me imagino, que los poetas de la antigüedad hayan dedicado dos sendas cumbres del Parnaso en honor de dos divinidades distintas. Deseaban rogarle a Apolo, a quien llamaban dios del Genio, los recursos internos de la mente, y a Baco, una abundancia de bienes externos. Esta forma de concebirlo se me ocurre no únicamente por las enseñanzas de la experiencia, sino por el testimonio frecuente de hombres sabios a quienes no necesito mencionaros. Además, aunque la pluralidad de deidades podrá ser una ridiculez, esta opinión de los poetas no carece de sentido común. Y al referirme a una doble súplica –similar al único Dios de quien emana todo bien– no creo que se me pueda tachar de irracional, a no ser que opinéis lo contrario.

SAN AGUSTÍN No niego que estáis bien en vuestra perspectiva, mas la pobreza con que distribuís vuestro tiempo me causa indignación. Habíais dedicado ya toda vuestra vida a labores honorables; y si algo os obligaba a gastar algún tiempo en otras ocupaciones, lo considerabais perdido. Mas ahora, únicamente concedéis a lo que es bueno y bello los momentos que os sobran de la avaricia.

Cualquier hombre en el mundo quisiera llegar a la vejez conforme a dichas condiciones; ¿mas qué límite o restric-

ción podría haber a tal estado mental? Elegid para vos alguna meta definida, y una vez que la hayáis alcanzado, seguid ahí y respirad un poco. Sabéis, sin lugar a duda, que el dicho que estoy a punto de repetir proviene de los labios de hombre, mas tiene toda la fuerza de un oráculo divino:

Grita siempre la voz del avaro, dad, dad;
moderad pues deseos si vivís con sensatez.
[Horacio. *Epístolas*, 1,2, 56.]

PETRARCA Ni que falte ni que abunde, ni mandar a otros ni obedecerles: ahí tenéis el deseo de mi corazón.

SAN AGUSTÍN Luego tendréis que dejar vuestra humanidad y volveros Dios para que nada os falte. ¿Podréis ignorar que de todos los seres es el hombre quien más necesidades tiene?

PETRARCA En numerosas ocasiones lo he oído decir, aun así, quisiera escucharlo de nuevo de vuestros labios, fijándolo en mi memoria.

SAN AGUSTÍN Contempladlo desnudo y sin conformación, nacido en llanto y lágrimas, contento con unas gotas de leche, tembloroso y arrastrándose, necesitando la mano de otro, alimentado y vestido de las bestias del campo, débil de cuerpo, inquieto su espíritu, sujeto a enfermedades de todo tipo y preso de pasiones innumerables, carente de razón, hoy alegre y mañana entrustecido –en ambos pleno de agitación– incapaz de dominarse, sin poder restringir su apetito, ignorando qué cosas le sean útiles y en qué proporción, sin saber controlarse en carne ni bebida, obligado a obtener con gran esfuerzo el alimento que encuentran otros seres a disposición en momentos de necesidad, debilitado por el sueño, hinchado de alimento, entorpecido por la bebida, extenuado por mirar, acosado

por el hambre, secado por la sed, avaro y tímido a la vez, desilusionado con lo que tiene, añorando lo que ha perdido, insatisfecho por igual con el pasado, presente y futuro, lleno de orgullo en su miseria y consciente de su fragilidad; más bajo que los gusanos más viles, es breve su vida, sus días inciertos, su final inevitable, ya que la Muerte de mil formas al final lo espera.

PETRARCA Tantas miserias y mendicidades habéis mencionado que mejor sería jamás haber nacido.

SAN AGUSTÍN Yacen así, en medio de tan ruin y tan profunda falta de bien en la condición del hombre. Y vos seguís soñando con riqueza y poder que ni emperadores ni reyes han disfrutado plenamente.

PETRARCA Decidme, si sois tan amable, ¿quién alguna vez hizo uso de dichas palabras? ¿Quién ha hablado de riqueza o de poder?

SAN AGUSTÍN Insinuáis los dos; pues, ¿qué mayor riqueza puede haber que no carecer de nada? ¿Qué poder más grande que ser independiente de todos los demás en el mundo? Por cierto que a aquellos reyes y amos de la tierra que creéis tan ricos, les ha faltado un sinnúmero de cosas. Los generales de los grandes ejércitos dependen de los que parecen estar bajo su mando y, restringidos por sus legiones armadas, resulta que los mismos soldados que los hacen invencibles, también a su vez los dejan inermes. Por lo tanto, abandonad vuestros sueños de lo imposible y contentaos aceptando la condición humana; aprended a vivir con carencias y con abundancia, a mandar y a obedecer, sin desear con esas ideas vuestras sacudirlos el yugo de la fortuna que aun a los reyes oprime. Únicamente quedaréis libre del yugo cuando sin importaros una paja las pasiones humanas, dobleguéis bien la cerviz ante la ley de la Virtud. Entonces quedaréis libre, sin desear nada,

entonces seréis independiente; en una palabra, seréis rey, poderoso de verdad y perfectamente feliz.

PETRARCA Ahora sí me arrepiento de todo lo que quedó en el pasado y nada deseo. Mas aun me encuentro esclavizado por una mala costumbre y estoy siempre consciente de cierta necesidad en el fondo de mi corazón.

SAN AGUSTÍN Bien, para volver a nuestro tema, he ahí la misma cosa que os impide la contemplación de la muerte. Es lo que os deja hostigado por ansiedades terrenales al no levantar el corazón a cosas más elevadas. Si aceptáis mi consejo desecharéis totalmente estas ansiedades que son como tantos lastres que agobian el espíritu y determinaréis, a final de cuentas, que no es tan difícil ordenar vuestra vida de acuerdo a vuestra naturaleza, dejando que ésta os reglamente y rija mejor que las tontas opiniones de la gente.

PETRARCA Lo haré de buena gana, mas ¡permitidme pediros terminar lo que habéis empezado a decir respecto a la ambición, que deseo oír desde hace tiempo!

SAN AGUSTÍN ¿Por qué me pedís lo que muy bien podéis hacer por vuestra cuenta? Examinad vuestro propio corazón; veréis que entre sus otras fallas, no es la ambición la de menor jerarquía.

PETRARCA Nada he aprovechado entonces. Huyendo de los poblados cuando podía, pensando mal del mundo y de los asuntos públicos, penetrando los rincones de los bosques y el silencio de los campos, a fin de comprobar lo que menosprecio los honores vacíos, y aun así se me ha de acusar de ambición.

SAN AGUSTÍN Bien renunciáis a muchas cosas –vosotros los hombres mortales–; mas no tanto por despreciarlas sino por perder la esperanza de obtenerlas. La esperanza y el deseo se inflaman por las punciones mutuas de dichas

pasiones, de modo que al enfriarse uno, se va muriendo el otro, y cuando uno se calienta el otro hiere.

PETRARCA ¿Por qué entonces no debo tener esperanza? ¿Me encontraba tan desprovisto de logro alguno?

SAN AGUSTÍN No hablo ahora de vuestros logros, aunque desde luego no contabais con los que –sobre todo en la actualidad– sirven de auxilio al hombre para elevarse a lugares encumbrados; quiero decir el arte de granjeáros favores en los palacios de los grandes, el engaño de la lisonja, la decepción, el prometer, mentir, fingir, disimular y aguantar toda suerte de insultos y bajezas. Carente de dichos logros y otros similares, viendo claramente que no podíais vencer la naturaleza, dirigisteis vuestros pasos a otros sitios. Y actuasteis con sabiduría y prudencia, pues como lo expresa Cicerón: «contender contra los dioses como lo hicieron los gigantes, ¿no será acaso hacerle la guerra a la misma naturaleza?» [De Senectud, xi.]

PETRARCA ¡Adiós a tales honores, si es que tienen que ser procurados por tales medios!

SAN AGUSTÍN Vuestras palabras son doradas, mas no me habéis convencido de vuestra inocencia, pues no aseveráis tanto vuestra indiferencia ante los honores como las molestias que os causa perseguirlos, como el hombre que fingía que no quería conocer Roma ya que realmente prefería no molestarse con el viaje hasta allá. Observad que aún no habéis desistido de la búsqueda de honores, como vos al parecer creéis, intentáis convencerme. Mas dejad de tratar de ocultaros detrás de vuestro dedo, como dice el dicho; quedan patentes ante mis ojos todos vuestros pensamientos, todos vuestros actos; y cuando os jactáis de haber huído de las ciudades enamorándoos de los bosques, no veo excusa legítima, sino el **desplazamiento de vuestra culpabilidad**.

Por múltiples vías viajamos al mismo destino y creédme, aunque os habéis apartado del camino desgastado por los pies de la muchedumbre, aún lleváis vuestros pies por un sendero lateral hacia la misma ambición que decís haber despreciado; es el reposo, la soledad, un total desprecio de los asuntos de la humanidad; sí, y de vuestras actividades propias también, que actualmente os llevan por el sendero elegido, mas con la gloria como finalidad y objeto.

PETRARCA Me empujáis a una esquina de la que creo, no obstante, poder lograr escaparme; mas por ser breve el tiempo y tener que discernir entre muchas cosas, prosigamos si es que no tenéis inconveniente.

SAN AGUSTÍN Seguidme entonces en mi avance. No hablaremos de glotonear, que en eso no tenéis mayor inclinación salvo algún placer benigno en una reunión ocasional con unos amigos en la mesa de la hospitalidad. Mas no temo por vos al respecto, ya que cuando el campo haya recobrado a sus habitantes actualmente absorbidos por los poblados, desaparecerán en un momento dichas tentaciones; además me he fijado y tengo el agrado de reconocer que cuando os encontráis solo, vivís de una forma tan sencilla que superáis a vuestros amigos y vecinos en frugalidad y abstinencia. Dejo a un lado también la cólera, aunque os dejáis llevar por ella más de lo razonable, mas al mismo tiempo y gracias a la dulzura de vuestra disposición natural, más bien refrenáis las acciones de vuestro espíritu, recordando los consejos de Horacio:

La cólera es una especie de locura, mas no perdura; dominad la pasión ya que es muy fuerte; y si no la domináis, ella os dominará, así que ponedle freno sin demora. [Epístolas, i, 2, 62-63.]

PETRARCA Confieso que ese dicho del poeta, así como otras palabras filosóficas similares, en algo me han auxiliado; mas lo que me ha ayudado más que nada es la idea de la brevedad de la vida. ¡Qué tontería insensata es desperdiciarla odiando y lastimando a nuestros semejantes los pocos días que pasamos entre ellos! Pronto ha de llegar el último de todos los días, que acabará por extinguir esta llama en el pecho humano, poniendo fin a todo nuestro odio, y si a alguno de ellos no le hemos deseado nada peor que la muerte, pronto se cumplirá nuestro malévolο deseο. ¿Por qué, entonces, desear uno quitarse la vida o quitársela a otro? ¿Por qué dejar pasar sin buen uso la mejor parte de una vida tan breve? Siendo el tiempo de los días apenas suficiente para acomodar las alegrías honradas de esta vida; y para meditar lo que está por venir, no obstante las economías de tiempo, cuestionemos, ¿qué ganamos con robarle a cualquiera de ellos su uso correcto y necesario, volviéndolos instrumentos de tristeza y muerte para nosotros y para otros? Dicha reflexión me ha amparado cuando me he encontrado sujeto a cualquier tentación de cólera, para no caer totalmente bajo su dominio, o bien si he caído me ha ayudado a mi pronta recuperación; mas hasta ahora no he sido capaz de armarme totalmente y en todo sentido contra algunas pequeñas ráfagas de irritación.

SAN AGUSTÍN Ya que no temo que este viento de cólera os lleve a hacer de vos o de otros un náufrago, de buena voluntad reconozco que sin atender las promesas de los estoicos, que se avezan a extirpar las raíces y ramas de todos los males del alma, quedáis contento con los remedios más benignos de los peripatéticos. Entonces, dejando a un lado por el momento estas fallas particulares, me apresuro a tratar otras más peligrosas que éstas, contra las cuales tendréis que estar prevenido con mayor atención.

PETRARCA Por los cielos, ¿qué estará por venir que sea más peligroso aún?

SAN AGUSTÍN ¿Y el pecado de la lujuria, jamás os ha tocado con sus llamas?

PETRARCA Sí, por supuesto, en ocasiones con tal ferocidad que me ha hecho lamentar dolorosamente que no haya nacido desprovisto de sentimientos. Hubiera preferido ser una piedra sin sentido que quedar martirizado por tantos tormentos de la carne.

SAN AGUSTÍN Así que existe algo más que os desvía de la idea de lo divino. Pues qué más demuestra la doctrina del celestial Platón, sino que el alma deberá antes apartarse de la pasión de la carne reprimiendo sus fantasías para poder elevarse pura y libre a la contemplación del misterio de lo Divino; pues de lo contrario, la idea de su mortalidad la obligará a aferrarse a dichos encantos seductores. Sabéis lo que quiero decir, y os habéis enterado de dicha verdad por los escritos de Platón, a cuyo estudio, como dijisteis no hace mucho, os habéis entregado con fervor.

PETRARCA Sí confieso que me entregué a estudiarlo con grandes esperanzas y deseos, mas la novedad de un idioma extraño y la partida repentina de mi maestro acortaron mi pretensión. Pues el resto de la doctrina a que os referís me es bien conocido por vuestros propios escritos y los de los platónicos.

SAN AGUSTÍN Importa poco por quién os hayáis enterado de la verdad, aunque sí es un hecho que la autoridad de un gran maestro tendrá con frecuencia una profunda influencia.

PETRARCA Sí, en mi propio caso debo confesar que siento profundamente la influencia de un hombre de quien Cicerón en sus **Oraciones tusculanas** hizo el siguiente comentario que permanece grabado en el fondo de mi corazón:

Cuando Platón determina no presentar ninguna prueba (ya ves la deferencia que le otorgo), su autoridad en sí me obliga a dar mi anuencia. [i, 21.]

Con frecuencia, en mi reflexión sobre este genio divino, me ha parecido injusto que, en circunstancias en que los discípulos de Pitágoras eximen a su maestro de la presentación de pruebas, a Platón se le dispense menos libertad que a aquél. Mas para no apartarnos de nuestro tema, tanto la autoridad como la razón y la experiencia me han confirmado, durante largo tiempo, dicho axioma de Platón, que no creo que nada más acertado ni verdaderamente sagrado pudiera haber pronunciado hombre alguno. Cada vez que me he levantado, gracias a la mano de Dios a mí tendida, he reconocido con alegría infinita, incrédulo, quién era el que en el momento me salvaba y quién me había postrado en otros tiempos. Ahora que una vez más me encuentro sumido en mi antigua miseria, siento con gran sabor amargo aquella flaqueza que una vez más me ha arruinado. Y esto os lo digo para que no encontréis nada extraño en lo dicho de que yo había sometido a prueba el axioma de Platón.

SAN AGUSTÍN Claro que no lo considero extraño, pues he sido testigo de vuestros conflictos; os he visto caer y levantaros luego una vez más, y ahora que os encontráis nuevamente caído, por misericordia he determinado brindaros mi socorro.

PETRARCA Os agradezco vuestro sentimiento de compasión, ¿pero de qué sirve algún socorro humano?

SAN AGUSTÍN No sirve de nada, mas el socorro de Dios está por doquier. Nadie puede ser casto sin que Dios le otorgue el don de la castidad. Por lo tanto deberéis rogarle este don ante todos, sobre todo con humildad y muchas veces hasta

con lágrimas. Él no suele jamás negarle a quien pide como debe.

PETRARCA Tantas veces lo he hecho que temo ser demasiado inoportuno.

SAN AGUSTÍN Mas no habéis impetrado con la debida humildad ni integridad del corazón. Siempre os habéis reservado un rincón para que entren vuestras pasiones; además no habéis pedido que vuestros ruegos fueran cumplidos presentemente. Hablo por experiencia, ya que hice lo mismo en mi vida anterior. Decía:

Dadme castidad, mas no ahora. Que se postergue un tiempo: pronto llegará el momento. Mi vida aún conserva todo su vigor; que siga su derrotero propio, que observe sus leyes naturales; posteriormente le dará más vergüenza para no volver a su tontería de juventud. Dejaré este defecto cuando el mismo transcurso del tiempo me haya dejado menos inclinado en ese sentido, cuando la saciedad me haya quitado el temor de regresar. [**Confesiones**, viii, 7.]

Al hablar así, ¿no percibís que habéis rogado una cosa deseando otra en vuestro corazón?

PETRARCA ¿Cómo es eso?

SAN AGUSTÍN Ya que pedir algo para mañana es postergarlo hoy.

PETRARCA Muchas veces con lágrimas lo he pedido para hoy. Era mi esperanza de que después de romper las cadenas de mis pasiones y deshacerme de la miseria de la vida, pudiese escaparme sano y salvo, y después de tantas tempestades de ansiedad vana, pudiese ganar a nado algún abrigo de seguridad; pero como veis, ¡ay! cuántos naufragios he sufrido entre las mismas rocas y bancos de arena y cómo he de seguir sufriendo aún si me quedo solo.

SAN AGUSTÍN Creedme, siempre ha faltado algo en vuestros ruegos; de lo contrario lo hubiera otorgado el Supremo Dador, o bien –como en el caso del Apóstol– únicamente os hubiera privado a fin de perfeccionaros en la virtud y convenceros totalmente de vuestra debilidad.

PETRARCA Es mi convicción también; y seguiré rogando constantemente, sin cansarme, sin avergonzarme, sin desesperarme. El Todopoderoso, con misericordia ante mis pesares, tal vez escuche mi súplica transmitida a diario a su trono, y como Dios no habría negado su gracia si hubieran sido puros mis ruegos, también Él los purificará.

SAN AGUSTÍN Tenéis toda la razón, mas redoblad vuestros esfuerzos; y como los hombres lesionados y caídos en la batalla se levantan en un codo, estad pendiente por todos lados de los peligros que os acechan, por temor a que algún enemigo oculto se acerque y os haga mayor daño aún, donde yacéis en tierra. Mientras tanto, rogad de inmediato el auxilio de Dios que es capaz de levantaros de nuevo. Tal vez se encuentre más cerca de vos exactamente cuando lo creáis más lejos. Tened presente siempre aquella premisa de Platón que apenas comentábamos:

Nada impide tanto el conocimiento de lo Divino como la lujuria y el ardiente deseo de la pasión de la carne.

Por lo tanto, considerad bien esta doctrina que es el mismo fundamento de vuestra finalidad que tenemos presente.

PETRARCA Para que veáis cuánto acepto dicha enseñanza, la he estimado con una atención esmerada, no únicamente cuando mora en la corte del dominio real de Platón sino también donde aguarda oculta en los bosques de otros escritores, y llevo apuntado en la memoria el mismo lugar en que mi mente la percibió primero.

SAN AGUSTÍN No sé si entiendo lo que queréis decir. ¿No deseáis ser más explícito?

PETRARCA Conocéis a Virgilio, ¿recordáis los peligros por los que hace pasar a su héroe en aquella horrible última noche del saqueo de Troya?

SAN AGUSTÍN Sí, es un tema repetido una tras otra vez en todas las escuelas. Lo hace relatar así sus aventuras:

¿Qué lengua pudiera decir los horrores de aquella noche, pintar todas las modalidades de la muerte, quién tuviera lágrimas suficientes para llorar a tantas personas desdichadas? ¿Ha caído ya la gran ciudad que tanto tiempo fue reina? Presenciad en todas las calles por miles los cadáveres tirados.

¡Y en sus casas y las escalinatas del templo!

Mas además, hay otra sangre que la de Troya, en tiempo sus héroes vencidos se reúnen, con valor implacable cargan contra sus enemigos; ellos, aunque triunfantes, caen. ¡Aflicción por doquier, el espanto abunda, y en todas partes la Muerte! [**Eneida**, ii, 361-9.]

PETRARCA Ahora, donde él anduvo acompañado de la diosa del Amor, entre enemigos hacinados por el fuego ardiente, aun con los ojos abiertos no podía discernir el enojo de los dioses encolerizados, y mientras le hablaba Venus, su único entendimiento era de las cosas de la tierra. Mas tan pronto ella lo dejó, recordáis lo que sucedió; vio de inmediato los rostros ceñudos de las deidades, reconociendo los peligros que lo amenazaban en su derredor:

Luego vi la forma atemorizante de dioses encolerizados por la caída de Troya. [**Eneida**, ii, 622.]

Por lo cual concluyo que el comercio con Venus quita la visión de lo Divino.

SAN AGUSTÍN Entre las mismas nubes habéis discernido claramente la luz de la verdad. Es así que la verdad radica en las ficciones de los poetas, y que la percibe uno por el resplandor que sale por los resquicios de su pensar. Mas como hemos de volver a este asunto más tarde, reservemos lo que tenemos que decir hasta el final de nuestro discurso.

PETRARCA Para no perderme en senderos desconocidos, ¿me permitís preguntar cuándo os proponéis volver al asunto?

SAN AGUSTÍN Aún no he tocado las heridas más profundas de vuestra alma, y a propósito dejé de hacerlo para que llegando al final queden grabados mis consejos con mayor profundidad en vuestra memoria. En otro diálogo trataremos con mayor plenitud el tema de los deseos de la carne, el que apenas hemos mencionado ahora.

PETRARCA Adelante, entonces, como habéis propuesto.

SAN AGUSTÍN Si no hay nada que me lo pueda impedir, salvo que os encontréis dispuesto con obstinación a detenerme.

PETRARCA Claro, nada me agradaría más que desterrar para siempre toda causa de controversia. Nunca me he dedicado a ella, aún en cosas familiares, sin arrepentirme; pues las disputas que surgen, aun entre amigos, tienen cierto carácter de acrimonia y hostilidad contrario a las leyes de la amistad. Mas seguid con los asuntos en que penséis que he de aceptar vuestros buenos consejos.

SAN AGUSTÍN Sois víctima de una horrible plaga del alma: la melancolía; que llaman los modernos **accidie** mas en tiempos de antaño se llamaba **aegritudo**.

PETRARCA El mismo nombre de este padecimiento me hace temblar.

SAN AGUSTÍN Tampoco me extraña, ya que habéis soportado bastante tiempo su peso.

PETRARCA Sí, y aunque en todas las demás enfermedades que me aquejan existe mezclado cierto placer falso, en este estado desdichado todo es duro, oscuro y terrible. Siempre está abierto el camino a la desesperación y todo impulsa al alma a la autodestrucción. Además, si bien las demás pasiones únicamente me atacan a ratos –aunque frecuentes, son breves y nada más momentáneas– ésta me ha sitiado de manera tan cerrada que se aferra a mí y me atormenta por días y noches enteros. En tales momentos no derivo placer alguno de la luz del día, no veo nada, soy como el que cae a la oscuridad del mismo infierno; parece que soporto la muerte en su forma más cruel. Pero lo que podría uno llamar la cumbre de la infelicidad es que **alimento mi llanto y sufrimientos con una atracción morbosa**, que únicamente podré ser rescatado de ella por fuerza superior y a pesar de mí.

SAN AGUSTÍN Tan bien conocéis vuestros síntomas que habéis conocido su causa; os ruego me digáis qué es lo que más os deprime en el momento actual. ¿Es el derrotero general de los asuntos de la humanidad? ¿Es algún problema físico, o alguna desventura de la fortuna a la vista de los hombres?

PETRARCA No es ninguno de ellos por separado. Si se me hubiera retado a combate solo, ciertamente hubiera resultado victorioso; mas ahora, como están las cosas, me encuentro sitiado por toda una multitud de enemigos.

SAN AGUSTÍN Os ruego que me digáis plenamente todo lo que os atormenta.

PETRARCA Cada vez que la fortuna me hace dar un paso atrás, quedo firme y valeroso, recordando que en muchas ocasiones anteriores he sufrido golpes similares y he resultado vencedor no obstante. Si después de pronto me asesta un golpe más fuerte, comienzo como a tambalearme; y si vuelve a la acometida por tercera y cuarta vez,

impulsada con fuerza, me retiro, no con prisa sino paso a paso, a la ciudadela de la Razón.

Si ahí la fortuna me tiene aún sitiado con la plenitud de su tropa y si, con el propósito de obligarme a la rendición, va amontonando todas las tristezas de nuestra condición humana, el recuerdo de mis desgracias anteriores y el temor de males por venir, entonces, al fin, acorralado por todos lados y preso del terror de todas esas calamidades acumuladas, lamento mi destino desdichado, sintiendo surgir en mi propia alma este amargo desprecio por la vida. Imaginad al que se encuentra sitiado por un sinnúmero de enemigos, sin esperanzas de escape ni misericordia, sin consuelo en ninguna parte, con todas las personas y cosas en su contra. Traen sus contrarios su artillería, minando la misma tierra bajo sus pies; se van cayendo ya las torres, ya están las escaleras en las portezuelas, los arpeos fijados en los muros, se aprecia el fuego que se asoma por los tejados y, al ver las brillantes espadas a cada lado, aquellos rostros feroces de sus enemigos y la total ruina que lo amenaza, ¿cómo no va a quedar totalmente espantado y abrumado, aunque se pueda preservar la misma vida? Aun así para los hombres no totalmente desprovistos de todo sentimiento, sólo la pérdida de la libertad es un golpe mortal.

SAN AGUSTÍN Aunque sea un poco confusa vuestra confesión, capto que vuestras desgracias proceden todas de un solo concepto falso que en el pasado ha cobrado y en el futuro aun cobrará un sinnúmero de víctimas. Tenéis un mal concepto de vos mismo.

PETRARCA Sí, de verdad, uno muy malo.

SAN AGUSTÍN ¿Y por qué?

PETRARCA No por una, sino mil razones.

SAN AGUSTÍN Sois como las personas que por la más pequeña ofensa **rastrillan todas las antiguas tierras de pender- cias que alguna vez tuvieron.**

PETRARCA En mi caso no existe lesión lo suficientemente antigua como para haber quedado borrada y olvidada; todos mis sufrimientos son bastante recientes, y si acaso por suerte sanaron únicamente con el tiempo. La Fortuna tan pronto ha duplicado sus golpes que la llaga abierta jamás ha logrado sanar a la perfección. Además, tampoco puedo deshacerme del odio y desprecio por la vida que ya mencioné. De esta forma opreso, no puedo sino estar afligido y entristecido en extremo. Que llaméis a dicha aflicción **accidie** o **ægritudo** no importa; en el fondo queremos decir exactamente lo mismo.

SAN AGUSTÍN Por lo que puedo entender, se encuentra el mal tan arraigado que de nada servirá sanarlo levemente, ya que pronto retoñará de nuevo. Habrá que desarraigarlo en su totalidad. Mas no sé por dónde empezar, son tantas las complicaciones que me alarman. Mas para que sea más fácil la tarea de dividir el asunto, examinaré con detalle cada uno de los conceptos. Decidme, entonces, ¿qué es lo que más os ha dolido?

PETRARCA Todo lo que veo, oigo o siento.

SAN AGUSTÍN Vaya, vaya, ¿no hay nada que os guste?

PETRARCA Nada, o casi nada.

SAN AGUSTÍN Dios quisiera que cuando menos las mejores cosas de vuestra vida fueran de vuestro gusto. Mas decidme ¿qué es lo que más os disgusta? Os ruego que me deis respuesta.

PETRARCA Ya contesté.

SAN AGUSTÍN Será la melancolía que mencioné lo que viene siendo la verdadera causa de todo el disgusto con vos mismo.

PETRARCA Me siento igualmente disgustado por lo que veo en otros así como con lo que veo en mí.

SAN AGUSTÍN Eso también proviene del mismo origen. Mas para introducir algo de orden en nuestro discurso ¿lo que veis en vos verdaderamente os disgusta tanto como decís?

PETRARCA Dejad de molestarme con vuestras preguntas frívolas, que están por encima de lo que puedo contestar.

SAN AGUSTÍN Veo, entonces, que aquello que hace que mucha gente os envidie, no tiene valor alguno ante vuestros propios ojos.

PETRARCA El que envidie a un desgraciado como yo debe ser él mismo, en verdad, un desgraciado.

SAN AGUSTÍN Mas ahora, por favor decidme, ¿qué es lo que más os disgusta?

PETRARCA Estoy seguro que no lo sé.

SAN AGUSTÍN Si adivino bien, ¿lo reconoceréis?

PETRARCA Sí, por supuesto, muy sinceramente.

SAN AGUSTÍN Estáis turbado por la Fortuna.

PETRARCA ¿Y qué no hago bien en odiarla? Orgullosa, violenta, ciega, se burla del hombre.

SAN AGUSTÍN Es una queja ociosa. Veamos ahora vuestros propios problemas. Si compruebo que os habéis quejado injustamente ¿consentiréis en retractaros?

PETRARCA Encontraréis que será muy difícil convencerme. Sin embargo, si comprobáis que estoy mal, cederé.

SAN AGUSTÍN Pensáis que la Fortuna es demasiado dura con vos.

PETRARCA No muy dura; demasiado injusta, demasiado orgullosa, demasiado cruel.

SAN AGUSTÍN Los poetas cómicos tienen más de una comedia llamada **El rezongador**. Existen por veintenas. Y ahora os unís a la muchedumbre. Preferiría veros en compañía más selecta. Mas como el tema está tan raído que nadie le

puede agregar nada nuevo, ¿me permitís ofreceros un viejo remedio contra una queja antigua?

PETRARCA Como queráis.

SAN AGUSTÍN Bien, entonces ¿la pobreza os ha obligado a pasar hambre, sed y frío?

PETRARCA No, la Fortuna aún no me ha llevado a tal extremo.

SAN AGUSTÍN Sin embargo, ésa es la dura situación de muchísima gente cada día de su vida. ¿No es así?

PETRARCA Usad algún otro remedio que no sea éste si podéis, ya que no me brinda nada de alivio. No soy de los que en sus propias desgracias se alegran de ver a la muchedumbre de otros desgraciados que gimen a su alrededor; y no pocas veces lloro las tristezas de los demás tanto como las propias.

SAN AGUSTÍN No deseo que hombre alguno se alegre al presenciar las desgracias de los demás, mas aun así deberán brindarle algo de consuelo, enseñándole a no quejarse de su propia situación. Es imposible que todo el mundo ocupe el primero y el mejor lugar. ¿Cómo puede haber un primero si no hay un segundo que le siga? Sólo sed agradecidos hombres mortales, que no quedéis reducidos al último de todos; y que de los muchos golpes de la Fortuna desmedida, únicamente recibáis los más benignos. En cuanto a los demás –los que se encuentran condenados a sufrir los extremos de la miseria– hay que ofrecerles remedios más fuertes que los que vos necesitáis, a quien la Fortuna ha lastimado poco. Lo que rebaja al hombre a tal ánimo de tristeza es que cada uno –olvidando su propia condición– sueña con el lugar más elevado, y como todos los demás, no tiene posibilidad de alcanzarlo; luego, cuando falla, se disgusta. Si supieran las tristezas que acompañan la grandeza, se retirarían de lo que actualmente persiguen. Permitidme que cite como testigos a los que por sus labores han alcanzado la cumbre, y que

apenas llegan cuando de inmediato lamentan el logro tan fácil de su deseo. Es una verdad que debe ser conocida por todos, más aún por vos, a quien la larga experiencia ha demostrado que la cumbre del rango, envuelta como está de problemas y ansiedades, no merece más que misericordia. De ahí que ningún conjunto de hombres terrenales sea libre de quejas, ya que los que han logrado lo que desean y los que han fallado, demuestran algún motivo de disgusto. Aseveran los primeros haber sido defraudados, y los segundos, que han sufrido descuido.

Aceptad entonces los consejos de Séneca: «Cuando veáis cuánta gente está delante de vos, pensad también cuántos tenéis atrás. Si os quisieráis contentar con la Providencia y vuestra propia condición de vida, pensad en todos a los que habéis superado». Y como dice el mismo sabio y en el mismo lugar: «Fijad un límite a vuestros deseos que no podáis sobrepasar, aun cuando quisierais».

PETRARCA Hace mucho que fijé un límite a mis deseos y, a no ser que esté equivocado, uno muy modesto; mas en las costumbres agresivas e impúdicas de mis tiempos ¿qué lugar le queda a la modestia que los hombres ahora tachan de ociosidad o pereza?

SAN AGUSTÍN ¿Puede la paz de vuestra mente ser turbada por la opinión de la muchedumbre, cuyo juicio jamás es recto, que nunca se refiere a nada por su verdadero nombre? Mas, a no ser que me falle el recuerdo, antes menospreciables su opinión.

PETRARCA Creedme que jamás la desprecié más que ahora. Tanto me importa lo que piense de mí la muchedumbre como lo que piensen de mí las bestias del campo.

SAN AGUSTÍN ¿Pues entonces?

PETRARCA Lo que me enciende la cólera es que teniendo las ambiciones –entre todos mis contemporáneos que conozco– menos exaltadas, ni siquiera uno de ellos ha encontra-

do tantas dificultades como yo en el logro de sus deseos. Por supuesto que jamás aspiré al lugar más elevado; invoco como testigo al espíritu de la Verdad que nos juzga, que todo lo ve y que siempre ha leído mis pensamientos más secretos. Sabe muy bien que como es costumbre de los hombres –cuando he repasado en la mente todos los grados y condiciones de nuestra situación humana– jamás he encontrado, en el lugar más elevado, aquella tranquilidad y serenidad del alma que estimo más que todos los demás bienes; y además, teniendo una vida de horror, llena de desasosiego y preocupación, siempre he elegido según mi modesto juicio, alguna postura media, dando –no simples palabras– sino la reverencia de mi corazón a aquella verdad expresada por Horacio:

Quien con poco caudal vive contento,
calmado y libre pasará sus días;
su casa bien construida aleja el cierzo,
muy modesta para causar la envidia.
[**Odas**, xi. 10, 5-8.]

Admiro también los razonamientos que ofrece en la misma oda, no menos que el sentimiento en sí:

Los árboles más altos temen la fuerza de la tempestad;
se caen las torres más altas con un tremendo ruido;
las cimas más elevadas sienten primero el látigo del trueno.

¡Ay! Es sólo el término medio el que nunca se me ha permitido disfrutar.

SAN AGUSTÍN ¿Y qué tal si lo que creéis un término medio en realidad se encuentra debajo de vos? ¿Qué tal si realmente hace mucho que gozáis de un lugar medio en verdad, disfrutándolo con abundancia? Pues, ¿qué tal si realmente

habéis dejado muy atrás lo de enmedio, y para muchísimas personas os habéis convertido en un hombre más para ser envidiado que despreciado?

PETRARCA Pues, si ellos creen que mi situación es de envidiarse, pienso yo lo contrario.

SAN AGUSTÍN Sí, vuestra opinión falsa es precisamente la causa de todos vuestros pesares y sobre todo del último. Como lo dice Cicerón: «Debéis huir de Caribdis a todo remo ¡y también a toda vela!» [Oraciones tusculanas, iii. II.]

PETRARCA ¿Hacia dónde puedo huir? ¿A dónde dirigir mi barco? En una palabra, ¿qué debo pensar aparte de lo que veo ante mis ojos?

SAN AGUSTÍN Únicamente veis de un lado a otro, donde la visión es limitada. Si miráis hacia atrás, descubriréis un tropel innumerable que viene siguiendo, y también que os encontráis más cerca de la primera fila que de la que viene al final; mas el orgullo y la porfía no os permiten volver la vista hacia atrás.

PETRARCA No obstante, de tiempo en tiempo lo he hecho, habiendo visto a tanta gente que viene detrás. No tengo por qué avergonzarme de mi condición; mas me quejo de tener tantas preocupaciones. Deploro —si se me permite una vez más hacer uso de una frase de Horacio— tener que vivir

sólo de un día para otro. [Epístolas, i, 18, 110.]

En cuanto a este desasosiego, que he sufrido más que lo suficiente, con gusto confirmo lo que dice el mismo poeta en el mismo lugar:

¿Qué oraciones son las mías? Que aun posea los bienes que tengo o si permite el cielo, ¡menos!
Pero los pocos años que el destino me otorgue aún

sean todos míos, no sujetos a la voluntad de otros.
[Epístolas, i. 18, 106-8.]

Siempre en estado de suspenso, siempre inseguro del futuro, los favores de la Fortuna no me atraen. Como veis, hasta ahora siempre he vivido con dependencia de los demás; es el trago más amargo de todos. Que me otorgue el cielo algo de paz en lo que queda de mi vejez, ¡y que al marinero que tanto tiempo ha vivido entre las olas tempestuosas se le permita morir en el puerto!

SAN AGUSTÍN De modo que en este gran torbellino de los asuntos humanos, entre tantos acontecimientos, con todo el futuro oscuro ante vos, sujeto como estáis al capricho de la Fortuna en una palabra, ¡seréis el único de tantos millones de hombres que vivirá una vida exenta de preocupaciones! ¡Mirad lo que pedís, oh hombre mortal! ¡Mirad lo que exigís! En cuanto a esa queja que presentáis de nunca haber vivido una vida propia, lo que realmente significa no es que hayáis vivido en la pobreza, sino más o menos como subordinado. Confieso, como lo decís, que es algo muy preocupante. No obstante, si os ponéis a buscar, vais a encontrar muy pocos hombres que hayan vivido una vida propia. Los que estima uno que están más contentos, a quienes dedican otros sus vidas, dan testimonio por la constancia de sus vigilias y sus labores que son ellos mismos los que viven para otros. Para citaros un ejemplo notable, Julio César, de quien alguien informó este dicho certero aunque arrogante:

Únicamente vive la raza humana para unos cuantos.
[Lucano, v, 343.]

Julio César, después de subyugar a la raza humana para vivir para sí, vivió él mismo para otra gente. ¿Acaso me

preguntaréis para quiénes vivió? y respondo, para los que lo mataron: para Bruto, Cíamber y otros jefes traicioneros de la conspiración, para quienes su munificencia infinita resultó muy pequeña para satisfacer su rapacidad.

PETRARCA Debo confesar que me habéis hecho recapacitar, y nunca más me quejaré ni de mis obligaciones para los demás ni de mi pobreza.

SAN AGUSTÍN Quejaos más bien de vuestra falta de sabiduría, pues es la única capaz de otorgaros libertad y verdaderas riquezas. En cuanto a los demás, el hombre que soporta calladamente vivir sin conocer la causa de dichos efectos benéficos –luego quejándose de su falta– no se puede decir que realmente tenga alguna comprensión inteligente de la causa o de sus efectos. Mas ahora, decidme ¿qué es lo que os hace sufrir, aparte de lo que hemos estado comentando? ¿Es alguna enfermedad o aflicción secreta?

PETRARCA Confieso que mi cuerpo ha sido siempre una carga cada vez que pienso en mi persona; mas cuando fijo la vista en la torpeza del cuerpo de otras personas, reconozco que tengo un esclavo bastante obediente. Ruego al Cielo que pudiese decir lo mismo de mi alma, mas temo que en ella hay cosas mayores a mis fuerzas.

SAN AGUSTÍN Dios quiera que eso también sea regido por la razón. Pero volviendo a vuestro cuerpo, ¿de qué os quejáis?

PETRARCA De lo que la gente en su mayoría se queja. Lo acuso de ser mortal, de implicarme en sus padecimientos, de abrumarme con sus cargas, de exigirme sueño cuando se encuentra despierta mi alma, y de someterme a otras necesidades humanas que sería tedioso relatar.

SAN AGUSTÍN Calmaos, os ruego, y recordad que sois hombre. Pronto se acabará vuestra agitación. Si algo más os molesta, decidme.

PETRARCA ¿Qué nunca habéis oído con qué crueldad me usó la Fortuna? ¿Esa madrastra quien, en un solo día con su mano despiadada derribó todas mis esperanzas, todos mis recursos, mi familia y hogar?

SAN AGUSTÍN Veo que os corren las lágrimas y sigo adelante. Éste no es el momento para la instrucción, sino para la amonestación únicamente; entonces, que ésta sea suficiente. Si consideráis, de verdad, no sólo los desastres de las familias particulares, sino también las ruinas de imperios desde los albores de la historia, que tan bien conocéis, y si recordáis las tragedias que habéis leído, tal vez no os quedéis tan intensamente ofendido cuando veáis vuestra humilde morada reducida a la nada junto con tantos palacios de reyes. Ahora os ruego que prosigáis, ya que estas pocas palabras de amonestación os abrirán un espacio para una prolongada meditación.

PETRARCA ¿Quién encontrará palabras que expresen mi disgusto diario por este lugar en que vivo, en el más triste y desordenado de los poblados, el sumidero estrecho y oscuro de la tierra, que concentra toda la inmundicia del mundo? ¿Qué pincel podría pintar el espectáculo nauseabundo: calles repletas de enfermedad e infección, puercos sucios y perros gruñones, el estruendo de las ruedas de las carretas rozando los muros, cuadrigas que pasan volando en cada cruce de caminos, la colorida muchedumbre de gente, enjambres de viles mendigos al lado del lujo aparatoso de los acaudalados, sumidos aquéllos en la sordidez de la miseria, éstos disolutos por el placer y el desenfreno; y luego el reparto de personajes –tan diversos papeles en la vida– el clamor interminable de sus voces confundidas, al rozarse unos a otros los transeúntes en las calles?

Todo esto destruye el alma acostumbrada a alguna vida mejor, elimina toda serenidad del corazón generoso, y

altera bastante el hábito mental del estudiante. De modo que mis ruegos a Dios son tan sinceros como frecuentes, para que salve mi barco del naufragio inminente, pues cada vez que veo a mi alrededor me parece que me hundo vivo en la fosa. «Ahora» digo en burla:

Ahora, transpórtate a pensamientos nobles,
ahora ve y disfruta la lira melódica.

[Horacio. **Epístolas**, ii, 2. 76.]

SAN AGUSTÍN Ese renglón de Horacio me pone de manifiesto lo que más os aqueja. Lamentáis haber parado en un lugar tan desfavorable para el estudio, ya que como dice el mismo poeta:

Huyen los bardos de los pueblos, habitando bosques y calveros. [Epístolas, ii, 2, 77.]

Y vos mismo habéis también expresado la siguiente verdad en otras palabras:

Los bosques frondosos encantan a la Musa sagrada,
y rechazan los bardos la agitada vida de los pueblos.
[Petrarca. **Epístolas**, ii, 2, 77.]

Sin embargo, si la agitación que tenéis en la mente alguna vez supiera calmarse, creedme que este clamor y alboroto a vuestro alrededor, aunque golpeará vuestros sentidos, no os tocaría el alma. Sin repetir lo que bien conocéis hace tiempo, contáis con la carta de Séneca sobre el tema, que viene mucho al caso. También tenéis vuestra propia obra sobre la **Tranquilidad del alma**; contáis además, para combatir este mal mental, con un libro excelente de

Cicerón que resume los diálogos del tercer día en sus **Oraciones tusculanas** [cxi], y que está dedicado a Bruto.

PETRARCA Sabéis que he leído todas esas obras y con gran atención.

SAN AGUSTÍN ¿Y ningún auxilio habéis derivado de ello?

PETRARCA Pues, sí, bastante auxilio en el momento de la lectura; mas tan pronto abandona mis manos el libro, se desvanece todo mi sentimiento por él.

SAN AGUSTÍN Dicha modalidad de lectura se ha hecho común ahora. Existe tal caterva de hombres letrados, una manada despreciable, que se han dispersado dondequiera discutiendo largamente en las escuelas sobre el arte de vivir, que bien poco ponen en práctica. Mas si sólo anotarais los conceptos principales de lo que leéis, cosecharíais entonces el fruto de vuestras lecturas.

PETRARCA ¿Qué clase de apuntes?

SAN AGUSTÍN Cuando leáis un libro, y topéis con algunos axiomas saludables que logren influir o cautivar vuestro espíritu, no confiéis simplemente en los recursos de vuestro juicio, sino más bien dedicaos a aprenderlos de memoria, familiarizándoos con ellos mediante la meditación –como lo hacen los doctores con sus experimentos– de modo que no importe cuándo ni dónde se produzca alguna enfermedad grave, tenéis el remedio escrito, por así decirlo, en la cabeza. Pues en los males del alma, como en los del cuerpo, los hay en que la demora es fatal, de modo que si postergáis el remedio, anuláis toda esperanza de curación. ¿Quién no se da cuenta, por ejemplo, de que determinados impulsos del alma son tan veloces y fuertes que –a no ser que la razón frene la pasión que los producen– conducen a la destrucción del alma y del cuerpo y del hombre todo, ya que el remedio tardío es inútil? Opino que el enojo es un caso ilustrativo. No es fútil que quienes han dividido el alma hayan situado la cólera debajo de la